—Pues nada, que estaba *ciegamente* enamorado de su hija y venía...

—¿A qué?

—A pedirle su mano.

CASIMIRO PRIETO.



MOISÉS

Por conservar de la existencia el hilo
al hijo de su amor idolatrado,
contra el decreto del Monarca airado,
la infeliz Jocabel busca un asilo.

No está su tierno corazón tranquilo
con guardarle entre sombras á su lado,
y en un cesto de mimbres encerrado
á las aguas confíale del Nilo.

Llega allí la magnífica princesa;
descubre al niño, tómale, le abraza.
«¡Hijo!» le llama y con pasión le besa...

Así se salva de temprana muerte
el salvador futuro de su raza.
¡Oh poder misterioso de la suerte!

AMALIA PUGA.

Cajamarca.

EL PÁJARO DE AGLAYA

¿Leiste alguna vez allá en el Tasso
la suave historia del jardín de Armida?
¿Del pájaro, te acuerdas, prodigioso,
de varias plumas y de rojo pico,
que con humana voz allí cantaba
la vida del amor y de las rosas,
las rosas codiciadas
de mil amantes y de mil doncellas,
para adornar con ellas
la tersa frente ó el mullido seno?
¿Recuerdas cómo el pájaro encantado
después con sabia lengua refería
cual pasa y se marchita la lozana
única flor que en la existencia crece,
y que apenas florece,
cuando quema sus hojas el estío?
¿Recuerdas el dulcísimo consejo
con que acabó sus pláticas el ave?
«Coged la rosa, mientras dure el Mayo,
agotad el perfume de la vida
mientras hierva en el fondo de su copa
la regia prez del oloroso vino:
recorred triunfadores el camino,
como en antiguas fiestas los mancebos
corriendo en el estadio, se arrancaban
las sagradas antorchas, de las manos.»
Yo pienso, mi señora,
que el ave aquella, cuya estirpe ignoro,
alta filosofía
aprendió de otros pájaros doctores
y aun de otras alimañas más oscuras
en Oriente y en Roma y en Atenas:
¿quién me diera entender su algarabía
y declararte su sentido arcano?
Dicen que Salomón le comprendía...
Sólo sé que esa voz detenedora
del mísero Reinaldo en la espesura
bajo el poder de la celosa Maga,
era la voz de tórtola judía
que gime en el Cantar de los Cantares
la voz de anacreóntica paloma,

donde hasta el himno se transforma en verso;
del persa ruiseñor la melodía
que de Hafiz en el Diván resuena.
Y hasta el chirrido alegre ó discordante,
con que alivia al cansado caminante
la cigarra del Ática en estío.
Es voz de amor que se revela al mundo,
Y si ese amor invade
alma gentil de sus misterios digna,
espárcese en la vida un penetrante
lánguido aroma de azahar oculto,
y acuden en tropel los ruiseñores,
cantando sus amores,
á anidar en el alma enamorada
y á celebrar sus inmortales bodas.
Y hoy anidan en mí; pero uno solo
rompió su cárcel por buscar tu seno,
y no encontró calor, y abatió el ala
y encadenado gime
bajo el imperio de tu blanca mano,
entre las redes de artificio sabio:
él te podrá contar en la alta noche
lo que nunca decir osó mi labio,
que él sabe mis ocultos pensamientos
y es docto como el pájaro de Armida.

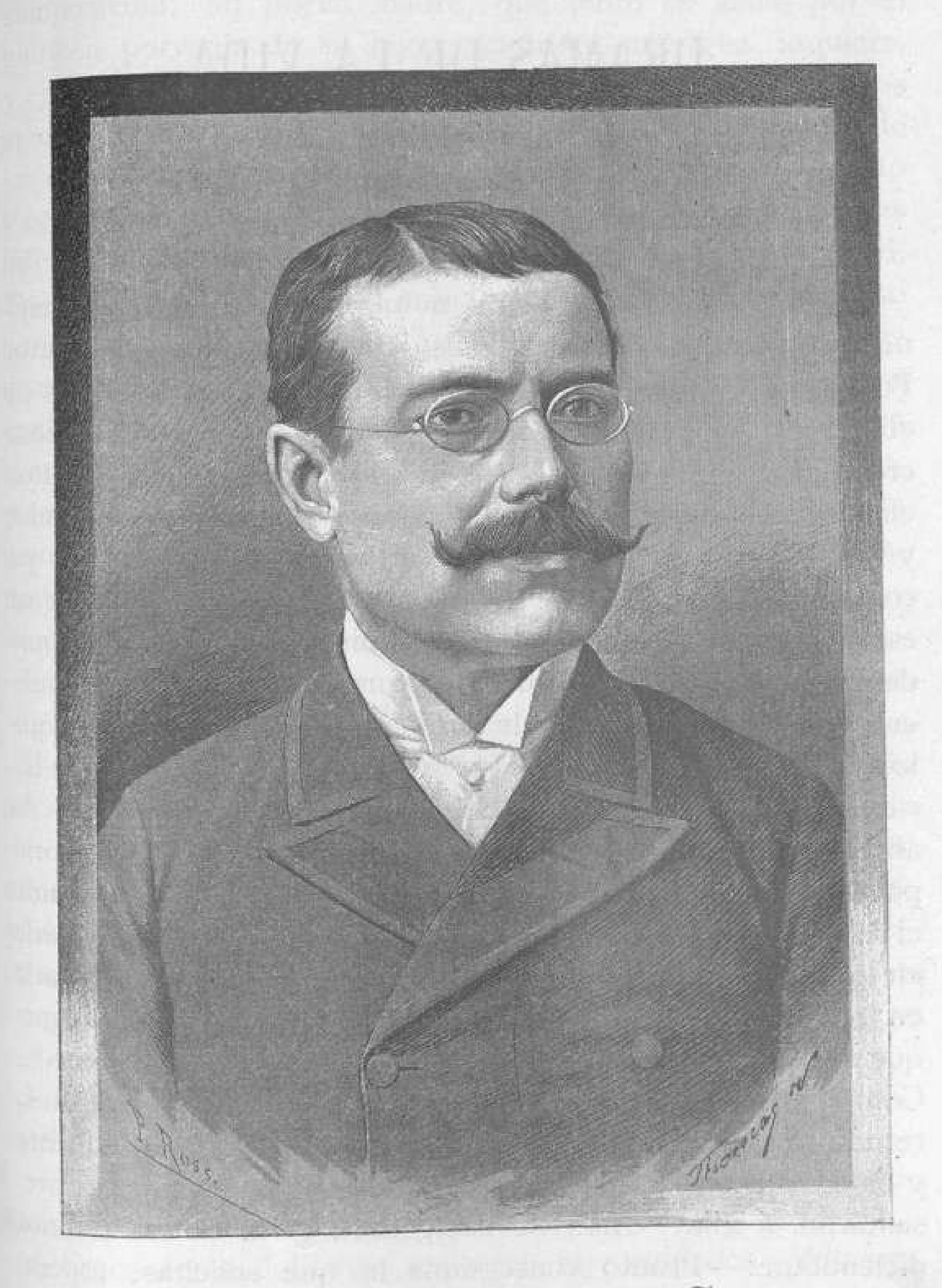
M. MENÉNDEZ PELAYO.

SATANÁS

No bien un astro en el cenit fulgura,
ya la sombra se agita en el abismo;
á batallar se apresta el heroïsmo,
y la traición contra él urde y conjura.
De la cándida fe la vestidura
toma al pie del altar el fanatismo;
y se enciende furioso el erotismo
del amor en la sacra calentura.
Sombra, vicio ó traición, que así profana
hermosura, virtud, grandeza y gloria
haciendo el crimen y el dolor eternos,
torpe enemigo de la dicha humana,
ese es el vil tirano de la Historia,
ese es el Satanás de los Infiernos.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.

1891.



Dr. D. Antonio F. Piñero

DISTINGUIDO ESCRITOR ARGENTINO

DRAMAS DE LA VIDA

I

—¡Esperanza! Este es el nombre de mi vecina. ¡Bonito nombre! Pero todavía es más linda la niña que lo lleva. Por eso somos muchos los que hemos fijado nuestros ojos en ella. Pero yo he fijado más que los ojos en tan preciosa criatura. El recuerdo de sus hechizos y de sus encantos embarga mis sentidos. Cuando la veo, me quedo extasiado; y ella sabe que la consagro mi cariño, todo mi cariño; y yo comprendo que no la soy indiferente. Aspiro á llamarme su esposo. No sé de qué medios valerme para manifestarle mis deseos. Quisiera encontrar un recurso nuevo... He pensado en todos los medios que de ordinario se emplean para que los jóvenes se declaren á sus adoradas. No me gustan las cartitas; ni la publicación de unos versos dedicados: «Al ángel de mis amores;» ni soy aficionado á hacer el Tenorio por las esquinas; ni me cautiva remitir ramitos interpretando el lenguaje de las flores; y considero poco serio el seguirla en los paseos, perseguirla cuando va de compras ó acecharla en los templos. ¡Si me atreviera á remitirle esta su imagen que mis pinceles han estampado en un pedazo de lienzo!... Comprendería, Esperanza, que el que con tanto parecido la retrata de memoria, es porque la lleva grabada en la mente y en el corazón. ¿Cuándo tendré ocasión propicia para presentarme á ella? Una voz halagadora grita en mi interior diciéndome:—Pronto conseguirás lo que solicitas, espera. Y espero, sí, señores, espero conseguir enlazarme con mi bella Esperanza. En la próxima Exposición de pinturas premiarán mi cuadro. Casi todos los artistas que forman parte del concurso conmigo y que son autores de sorprendentes cuadros de verdadera originalidad, aplauden sin reserva mi obra, y algunos miembros del Jurado hacen elogios de mi

composición. Mi buena madre, que tanto se afana por el glorioso porvenir de su hijo, escudriña, averigua, inquiere, y es la que se encarga de hacer llegar hasta mí las benévolas apreciaciones de mis colegas y las propicias inclinaciones de los maestros. ¡Pobre madre mía! Si con el verdadero cariño y con las continuas caricias se consiguieran curar los males físicos, hace tiempo que tu hijo te hubiera devuelto la salud. Tu enfermedad es la única nube que enturbia el primaveral horizonte de mi felicidad. Aunque al recordar las palabras de nuestro médico y la seguridad que tiene de curarla, espero verla completamente restablecida y llena de satisfacción en el nuevo hogar que pienso establecer con mi seductora Esperanza. ¡Ah! se equivocan los que aseguran que el que espera desespera. ¡No! Todo me sonríe en torno y soy verdaderamente feliz porque espero.

II

—Ocho días atrás, me decía usted, doctor, que esperara, pues creía usted segura la curación de mi pobre madre.

—Segura, no; probable creemos siempre los médicos la curación de los enfermos que nos confían, aunque su estado no sea del todo halagüeño. Además, por sistema, nos abstenemos de hacer pronósticos desesperados á las familias de los pacientes.

—Esa revelación me manifiesta que hoy...

—Pues simplemente que hemos llegado á un caso extremo, en el que nada puede conseguir la ciencia.

—Todavía espero en que Dios haga un milagro. ¿Se sonríe usted, doctor... y se va?

—Otros seres dolientes reclaman mis cuidados. Volveré pronto al lado de la enferma. Esa buena mujer que la asiste...

—Natividad, mi nodriza.

—Sabe de qué modo deben suministrársele los últimos medicamentos que he preparado.

III

—Dudo. Caen en mi corazón como plomo derretido los vaticinios del doctor, y todavía, todavía tengo esperanza... ¡Esperanza! La desaparición de esta mujer misteriosa aumenta mi desesperación. Allí están sus balcones, siempre cerrados. Hace ocho días que los cerraron y continúan del mismo modo; sin que ser humano dé señales de vida en su interior. Esperanza, ídolo mío, ¿dónde te encuentras? ¡Oh, corazón humano! eres lo más incomprensible que se somete á nuestro juicio mientras lates en el seno de la criatura. Corazón, ¡pobre corazón mío! procura en estos momentos latir solamente por aquella infeliz que te dió el ser.

—¿Adónde vas, Federico?

—¿Eres tú, Natividad? Voy al lado de mi pobre madre; voy á posar mis labios sobre los suyos, y á procurar con mi aliento reanimar su existencia.

—Está reposando.

—¿Consiguió conciliar el sueño?

—Sí, hijo mío; no sé si será por los efectos de la última medicina que le ha propinado el médico ó porque se inicie una reacción favorable en la pobre enferma.

—¡Cuánto se sufre, Natividad, al ver que un ser querido se aproxima al dintel de la tumba!

—La buena señora no teme á la muerte. Sólo siente dejarte sin la pensión que cobra como viuda del bravo coronel que te dió el ser.

—¿Eso dice? ¿En eso piensa?

—Afirma que se truncará tu glorioso porvenir si te ves obligado á emplear tus pinceles en ganarte la subsistencia.

—¡Madre del Redentor, prolonga la vida de la que me llevó en su seno!

—No te dejes caer de ese modo sobre ese débil altar improvisado. Has hecho oscilar los candeleros y por poco vienen al suelo los dos cirios que hemos encendido delante de esa Dolorosa que tú pintaste. Alguien entra en la habitación.

—¡Carlos!

—El mismo, envidiado Apeles.

—Hijo mío, llegaré de puntillas hasta el lecho de tu pobre madre.

IV

—Pero... ¿qué te sucede, Federico?

—Sucede, Carlos, que mi adorada madre está desahuciada por los médicos.

—¿Y no encontrando recursos salvadores en la ciencia, piensas conseguirlos encendiendo velas á los santos?

—Carlos, la oración consuela á las almas afligidas y muchas veces se consiguen milagros por medio de las plegarias.

—Buenas son las oraciones y las plegarias para reconcentrarnos y fortalecer nuestro espíritu, pero no sirven para nada cuando nos estimulan á una vida contemplativa y de inacción.

—Me había olvidado de que tú le haces la guerra á Dios.

—No, Federico; yo no le hago la guerra á Dios; al contrario, amo á Dios sobre todas las cosas. Pero dejemos filosofías á un lado y vengamos al objeto de mi visita. He averiguado, querido Federico, que tu obra maestra, que tu cuadro, no sólo no obtendrá el primer premio como habíamos creído, sino que por intrigas y complots infames quedará relegado á un último accésit.

—¡Horrible desencanto! Pero en el trance amargo en que me veo, esa decepción no me impresiona.

—Me apresuré á participártelo por si podías poner en juego algunas influencias que consiguieran hacerte justicia.

—La justicia me la harán: la sociedad ilustrada de hoy, y el recto criterio de las edades futuras.

—¡Bravo! He ahí un arranque que dignifica al hombre de verdadero genio... ¡Esperanza! El lienzo que descansa sobre este caballete, es copia fiel de la seductora Esperanza, ¿verdad?

—¿La conoces?

—¿Te ha encargado ese retrato el Vizconde?

—¿El Vizconde? ¿A qué personaje te refieres?

—Al íntimo, al protector de esta Margarita Gautier malagueña.

—Esperanza, ese dechado de hermosura, ese conjunto de perfecciones femeninas, ¿es una mercancía que se vende?

—Es una despreocupada doncella que camina sin escrúpulos por la senda de rosas de los placeres. El Vizconde acaba de llevársela á la Exposición de París.

—¡Ah! ¡qué horrible desencanto!

—¡Calle! ¿estabas enamorado de ella?

—La suponía una mujer ideal y virtuosa; vástago de una honrada familia. Ocupaba el piso principal de esa casa de enfrente desde hace dos meses, con algunas otras personas al parecer respetables.

—Y su aparición despertó en tí una pasión volcánica, ¿eh?

—Ella comprendió que yo la amaba, y por un momento creí que me estimulaba con sus miradas de fuego y con sus insinuantes sonrisas...

—Todas las mujeres de su clase se desviven por hacer víctimas y emplean esos medios para avivar el amor de las almas candorosas.

—¡Fatalidad!

—Pues nada, siento mucho, Federico, haber sido para tí en este día mensajero de malas nuevas.

—Ya sé que fueron nobles los propósitos que te inspiraron, querido Carlos.

—Sí, porque deseaba que te pusieras en guardia contra los tiros de la envidia ó de la injusticia.

—Comprendo tu buena intención y te la agradezco.

—Esta otra revelación ha sido hija de la casualidad al ver el retrato.

—Carlos, mentiría si no te asegurara que me hacen sufrir mucho los desencantos que acabo de experimentar; pero todo lo inmolo con verdadera resignación ante los deberes del hijo cariñoso.

—Es probable que Dios recompense esa santa resignación

prolongando la vida de tu virtuosa madre. Volveré. En la próxima noche velaremos juntos á la enferma.

V

—¿Qué observa usted, doctor?

—Intermitencias de un corazón que funciona con dificultad.

—Estoy aquí, junto á tu lecho, madre mía... ¡madre adorada!... ¡ah, doctor! no me contesta.

—Vuelve á latir su pulso... vive todavía.

—¡Madre mía!... ¡Madre!... ¿Te sonríes?... ¿Qué palabras son esas que pronuncias y no comprendo? Abres con dificultad tus ojos... los fijas en tu hijo, continúas sonriéndote... y te llevas uno de tus dedos á la boca para imponerme silencio?...

—Sí.... Soy... fe...liz... déja...me dor...mir...

—¿Dormir, madre querida? ¿Quieres dormir? ¿Por qué dejas caer tu mano sobre las mías y cierras tus párpados? ¿Observa usted, doctor? Se prepara á...

—Sí, Federico, se prepara á disfrutar del sueño eterno.

. . . .

—¿Dejó de existir mi buena señora?

—Sí, mi pobre Natividad, y soy el ser más desgraciado que ha venido en el mundo; pero en medio del torbellino de calamidades en que me veo envuelto, se agolpan á mi mente, fortaleciéndome, los consejos de la santa madre que acabo de perder, y echándome en tus brazos digo: ¡resignación! ¡conformidad!

VICENTE R. JORDÁN.

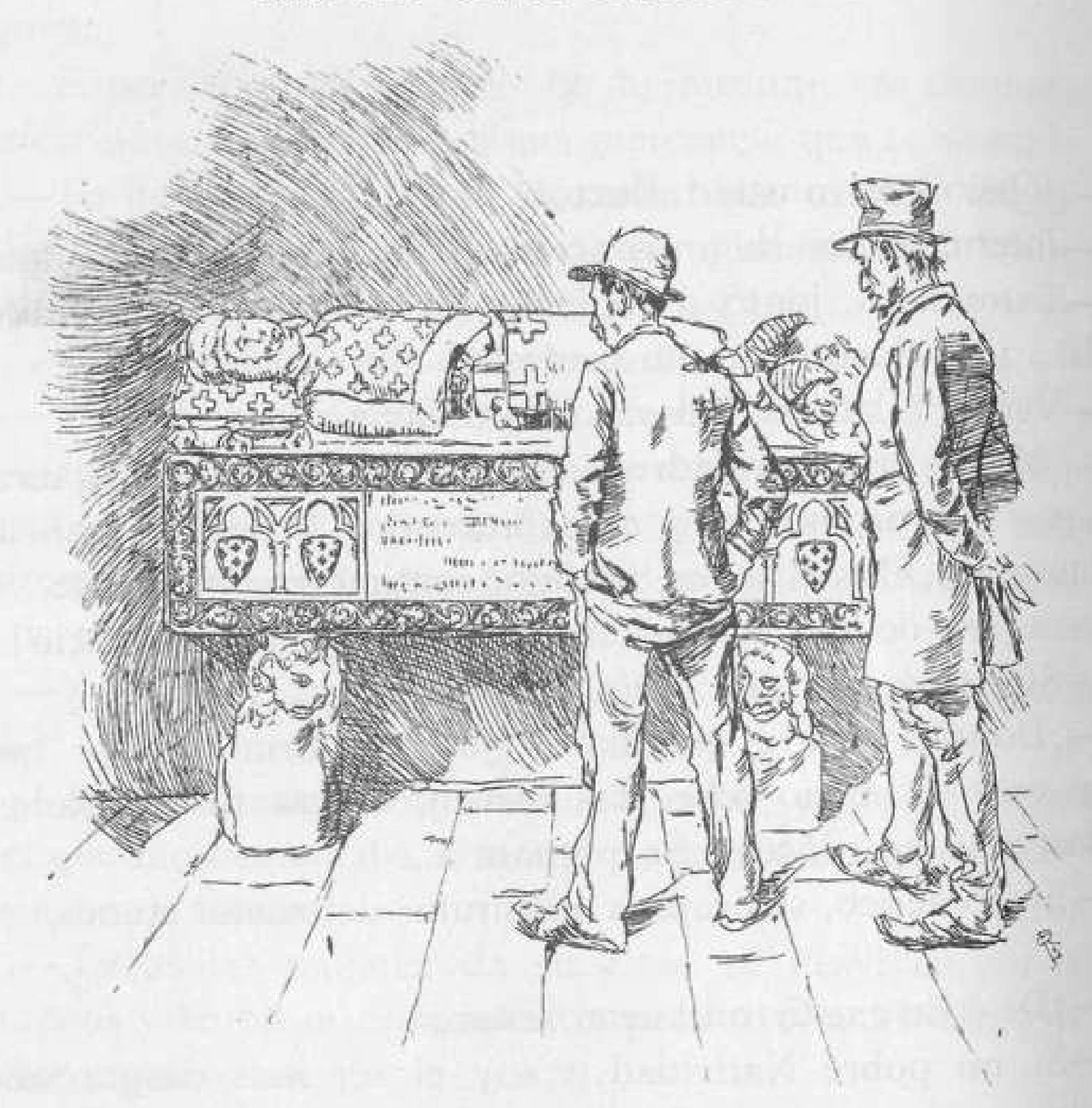
La Plata, 1891.

EPIGRAMA

—No sabes que el club de Infiesto,
al cual concurre Leonor,
ha dado un baile en su honor?
—¡Bonito se lo habrán puesto!

X.

ANTE UNA ESTATUA



—¿Por qué esa estatua, Ventura,
te entristece de tal suerte?
¿piensas, ante ella, en la muerte?
—No, chico; es que esa escultura
que imaginas que me arredra,
trae á la memoria mía
los tiempos en que dormía
sobre los bancos de piedra.

EPIGRAMA

—¿Qué hora tiene usted, Aceña?
—Hombre, no tengo reló;
¡como en no andar se empeñó!...
—¡Y cuándo *se desempeña?*

MOISÉS NUMA CASTELLANOS

RECUERDOS Y FANTASÍAS

ANTE LA ESTATUA ECUESTRE DE SIMÓN BOLÍVAR EN GUAYAQUIL

I

El prodigioso Aníbal del Oriente
y el semidiós de fulminante brazo,
juntáronse una vez en el regazo
de la ninfa del Guayas sonriente.

Para la redención de un continente,
los dos se unieron en sublime abrazo;
y, por verlos, absorto el Chimborazo
alzó entre nubes su argentada frente...

¡San Martín! Tus virtudes acrisolas
cuando en las aras del deber austero
tu esplendoroso porvenir inmolas;

¡Bolívar! Tus hazañas de guerrero,
como un oceano de fulgentes olas,
cubren la faz del continente entero!

II

¡Providencial compensación! La copa
bien pronto, el uno, del dolor apura,
y remata el dogal de la amargura
lo que no pudo la asesina tropa.

Tranquilo desde el suelo de la Europa
contempla el otro en oración futura,
y en la inmortalidad entra segura
su nave, orlada de laurel la popa...

¡Ya se cumplió de entrambos el destino!
Mas nueva vida en contrapuestas playas
les presta el Arte con poder divino:

y hoy, sus bronces, cual mudos atalayas,
ve en su horizonte el Paraná Argentino
y en sus amenas márgenes el Guayas!

III

. . . .

Detenido en mitad de su carrera,
tiesa la brida, inerte el acicate,

esa sombra del genio del combate,
allí, en inmóvil actitud, ¿qué espera?

¿Otra alma, de la suya compañera
donde abnegado el patriotismo late,
que, á contrastar el furibundo embate,
como ÉL salvó la andina cordillera?

¡Quién sabe si otra vez, suelta la rienda,
el Ande escalará, con alto grito,
subiendo EL OTRO por contraria senda,

y, unidos en la cumbre de granito,
la pareja inmortal, osada emprenda
la gloriosa ascensión de lo infinito!

Guayaquil, 1890. NUMA POMPILIO LLONA.

CANTARES

I

Para el justo nuestras leyes
serán siempre letra muerta,
que el código del honrado
es tan sólo la conciencia.

II

Para ser feliz opino
hace falta una de dos:
ó carecer de cerebro,
ó no tener corazón.

III

Soy capaz yo con tu amor,
tal es mi esperanza ciega,
de lograr el imposible
de ser feliz en la tierra.

IV

Cada vez que tu mirada
se anubla por el dolor,
me parece que de un velo
se cubre mi corazón.

V

Si creyera que en tu cuerpo
asilo no tiene un alma,
de fijo no te quisiera
por mucho que te admirara.

Buenos Aires, Junio 1891. R. MONNER SANS.



ENRIQUE HEINE

Cierta mañana vinieron á decirme que un extranjero, cuyo nombre, desfigurado por mi doméstico, no pude comprender, solicitaba hablarme. Bajé á la habitación en que recibía yo las visitas, y ví á un hombre muy flaco, cuyo semblante recordaba el de Gericault, y terminaba en una barba puntiaguda, rubia, y en la cual veíanse blanquear muchos hilos de plata.

Buscaba yo entre mis recuerdos quién podría ser aquel huésped matinal que me saludaba familiarmente y me tendía la mano con la franca cordialidad de un amigo antiguo. No conseguí juntar su nombre á aquella cara tan cambiada; pero transcurridos algunos minutos de conversación, un rasgo ingenioso del desconocido me hizo exclamar:

—Este es el diablo ó es Heine.

Era efectivamente Heine, convertido de dios en hombre.

Pocos meses después, Enrique Heine caía en cama para no levantarse más; permaneció ocho años clavado en la cruz de la parálisis por los clavos del padecimiento.

Durante esta larga agonía, presentó el fenómeno del alma viviendo sin cuerpo; del espíritu prescindiendo de la materia; la enfermedad le había arrugado, demacrado, disecado como á su antojo, y en aquella estatua de dios griego había tallado, con la paciencia minuciosa de un artista de la Edad Media, un Cristo descarnado hasta el esqueleto, en que los nervios, los tendones, las venas aparecían salientes.

Aun así desfigurado, Enrique Heine era todavía hermoso; y cuando levantaba su párpado caído brillaba una chispa en su pupila casi ciega; el genio resucitaba aquella cara muerta; Lázaro salía de su fosa por algunos minutos; aquel espectro que, envuelto en sus sábanas, parecía estatua fúnebre yacente sobre un monumento, hallaba voz para hablar, para reir, para lanzar ironías ingeniosas, para dictar páginas seductoras, para dar rienda suelta á sus estrofas aladas, y en aquellos días en que la piedra de su tumba mortificaba con más dureza sus miembros, para gemir lamentaciones tan tristes como las de Job en su estercolero. Sus amigos debieron alegrarse de que aquella espantosa tortura concluyese al fin, y de que el verdugo invisible diese el golpe de gracia al infeliz atormentado; pero pensar que de aquel luminoso cerebro, amasado con luz y con risas, del que surgían imágenes zumbando como abejas de oro, sólo resta hoy un poco de pulpa gris, es un dolor al que no es posible resignarse sin protesta.

Cierto que estaba en vida encerrado en un ataúd; pero, acercándose á él, era posible oir á la poesía cantar bajo el negro ropaje.

¡Cuánto apenaba el ver uno de esos microcosmos, más vastos que el universo, contenidos en la reducida bóveda de un cráneo roto, perdido, aniquilado! ¡Cuántas y cuán lentas combinaciones habrá menester la Naturaleza para formar una cabeza parecida!

Enrique Heine había nacido en el día 1.° de Enero del año 1801, circunstancia que le hacía decir, riéndose, que él era el primer hombre del siglo. Topffer observa los inconvenientes que hay, cuando se envejece, en llevar las centésimas del siglo, que perpetuamente nos recuerda nuestra edad y parece que nos arrastra con él. Heine abandonó á su compañero en el quincuagésimo sexto viaje.

El tiempo era frío, nublado, triste; las horas señaladas para la conducción del cadáver, las de la mañana; unos pocos amigos y admiradores del poeta se paseaban delante de la casa mortuoria, esperando que el fúnebre cortejo se pusiese en marcha para el cementerio. Heine había prohibido toda pompa, toda ceremonia; considerábase como muerto desde hacía mucho tiempo, y quería que lo poco que de él quedaba saliese en silencio de aquella habitación que no debía abandonar sino para trasladarse á la tumba. La vista del féretro, muy largo, muy ancho y muy pesado, en que aquellos restos pequeños estaban tendidos más desahogadamente que en su lecho, evocó en todos nosotros el recuerdo involuntario de este pasaje de *L' Intermezzo:* «Id á buscarme un ataúd de tablas sólidas y gruesas: es menester que sea más largo que el puente de Maguncia; y traedme doce gigantes más fuertes que el vigoroso San Cristóbal de la catedral de Colonia, del Rhin; es necesario que lleven el ataúd y lo arrojen al mar; un ataúd tan grande pide una grande fosa. ¿Sabéis por qué es menester que el féretro sea tan grande y tan pesado? Porque voy á depositar en él juntamente mi amor y mis penas.»

En efecto: el ataúd era demasiado grande; y si no fué arrojado al mar, se le depositó en una huesa provisional en presencia de poetas y de artistas franceses y alemanes poco numerosos, que permanecían formados respetuosamente, convencidos de que asistían á los funerales de un monarca del talento, aunque no había allí ni gran cortejo, ni negro estandarte con estrellas, ni discurso enfático, ni blandones de amarilla cera. Colocada la lápida, cada cual tornó á descender por la triste colina, y fué á perderse en el hormiguero infinito de la vida humana.

Pocos poetas me han conmovido y emocionado como Heine. Desconozco el idioma alemán, es cierto, y sólo he podido admirarle en las traducciones: pero ¡qué hombre será éste cuando, aun privado del ritmo, de la rima, del feliz ordenamiento de las voces, de todo lo que constituye el estilo, en una palabra, produce todavía efectos tan maravillosos!— Heine es el poeta lírico más grande de Alemania; su sitio está naturalmente al lado de los de Goethe y Schiller; tal aparece á mis ojos, aunque la poesía traducida en prosa no sea sino un rayo de luz relleno de paja, como Heine mismo ha dicho.

Ninguna naturaleza hubo nunca que se compusiera de elementos más heterogéneos que la de Enrique Heine; era simultáneamente alegre y triste, creyente y escéptico, tierno y cruel, sentimental y burlón, clásico y romántico, alemán y francés, delicado y cínico, entusiasta y lleno de sangre fría; todo, menos fastidioso. A la más pura plástica griega, unía el sentido moderno más exquisito; era verdaderamente el Euforión hijo de Fausto y de la hermosísima Elena.

No es propio de este sitio examinar y apreciar su obra, que hablará por sí misma; pero no podemos por menos de indicar la impresión que nos produce.

Cuando se abre un tomo de Heine parece que entramos en uno de esos jardines que tanto gustaba él de pintar; las marmóreas esfinges de la escalinata afilan sus garras en el ángulo de sus pedestales, y nos miran con sus ojos en blanco, y nos miran con una intensidad que asusta; sobre su lomo leonado se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita como si latiese un corazón bajo aquellos contornos rígidos; rechinan las puertas al girar sobre sus goznes enmohecidos, y se cree ver el pliegue de un vestido que desaparece bajo un arco, como si el espíritu de la soledad huyese sorprendido por nuestra llegada.

El musgo, las ortigas, las bardanas han brotado entre las desunidas losas de la terraza; los arbolillos sin cultivar nos detienen el paso con sus ramas, como si nos suplicasen que no siguiésemos adelante. Las rosas parecen ensangrentadas entre las espinas, y las gotas de lluvia suspendidas en sus

pétalos brillan como lágrimas; las flores ahogadas por las hierbas nocivas exhalan perfumes extraños que producen vértigos.

En el estanque el agua negruzca se corrompe bajo la hierba verde, y la náyade roja es chata como la estampa de la muerte. El sapo salta á través de los senderos y va á contar nuestra llegada á su tía la víbora. Sin embargo, el viento suspira sus elegías, y el ruiseñor canta penas de amores idos; en la ventana de la casa, casi destruída, aparece una doncella fresca y rubia, envuelta en su bata de raso, semejando á esas hadas neerlandesas que Gaspar Nestcher se agrada de pintar en un fondo de rocas ó de dulcamaras; es encantadora, pero no tiene corazón, y en su seno se encierra un pozo de nieve.

Jamás caerá en falta con nosotros; pero si tenemos alma y nervios, valiéranos más habernos enamorado de una de esas mujeres que llevan pintado el vicio en sus pómulos enrojecidos. Esa doncella nos dará la muerte con mil suplicios inocentemente diabólicos, y ni en el día del juicio osaremos resucitar por miedo de volver á verla.

Heine tiene de común con Goethe que sabe pintar mujeres verdaderas; una línea le basta para que una figura se dibuje viva y completa. ¡Qué engañoso encanto, qué pérfida languidez, qué risa de hiena, qué lágrimas de cocodrilo, qué ardiente frialdad, qué helada llama, qué coquetería de gata! Ningún poeta ha sabido mover con más gracia la cola de dragón en la comisura de unos labios de rosa. ¡Con qué convicción dice de Lusignan, el amante de Melusina: «¡Hombre feliz, cuya querida no era serpiente sino á medias!»

Si Heine no ha labrado en sus *paros* la más resplandeciente estatua de dioses griegos y bajo relieves de bacanales tan puras de forma como los antiguos, está, cuando menos, al nivel de Uhland y de Tieck, si narra las leyendas católicas y caballerescas de la Edad Media. Heine saca del cuerno maravilloso de Achim, de Armin y de Bretano sonidos que hacen estremecerse á los ciervos en el fondo de los bosques y bajarse los puentes levadizos de los castillos feudales. Cuando jinete en su corcel se lanza á la carrera, muy luego roza con su cal-

zado la blasonada falda de la castellana cazadora, y nadie maneja el venablo con más gracia.

Nuestras costumbres literarias, muy dulcificadas, acaso hagan que aparezcan excesivamente crueles algunas ejecuciones de Enrique Heine; con los malos poetas era implacable; pero ¿no tiene Apolo derecho á desollar á Marsyas? La mano que empuña la lira de oro, empuña también el cuchillo para disecar el sátiro grosero; voy á terminar con una página del libro de *Lázaro;* ella dará una idea de la manera del poeta, que ya sabe á qué atenerse sobre ese terrible problema:

«La pobre alma dijo al cuerpo:—No te abandono; permanezco contigo; contigo quiero abismarme en la noche de la muerte, y contigo beber la nada. Has sido siempre otro yo; me has envuelto cariñosamente como en vestido de rosa suavemente forrado de armiño; ¡ay! es preciso ahora que completamente desnuda, despojada de mi querido cuerpo, como ser puramente abstracto, yo me lance á vagar, allá arriba, como una hada bienaventurada, en el reino de la luz, en esos fríos espacios del cielo donde las eternidades silenciosas me miran bostezando; allá se arrastran llenas de hastío y producen un ruido insípido con sus zapatillas de plomo. ¡Oh! ¡Esto es aterrador! ¡Ah! ¡Quédate aquí conmigo, querido cuerpo!

»El cuerpo dijo á la pobre alma:—¡Ah! Consuélate; no te aflijas de esa manera. Debemos sobrellevar resignados la suerte que nos depara el destino. Era yo la torcida de la lámpara; es menester que me consuma; tú, el espíritu, serás elegido para brillar allá arriba, lindísima estrellita de la claridad más pura.

»Yo soy ya solamente un harapo; no soy sino materia; caña hueca, es preciso que me deshaga y vuelva á ser lo que he sido, un poco de polvo. Adiós, y consuélate. Por otra parte, acaso en el cielo se divierta uno más de lo que tú crees. Si encuentras á la Osa mayor en la bóveda celeste, dale muchas expresiones de mi parte.»

TEÓFILO GAUTIER.

EL MORALISTA

CUENTO VIVO POR

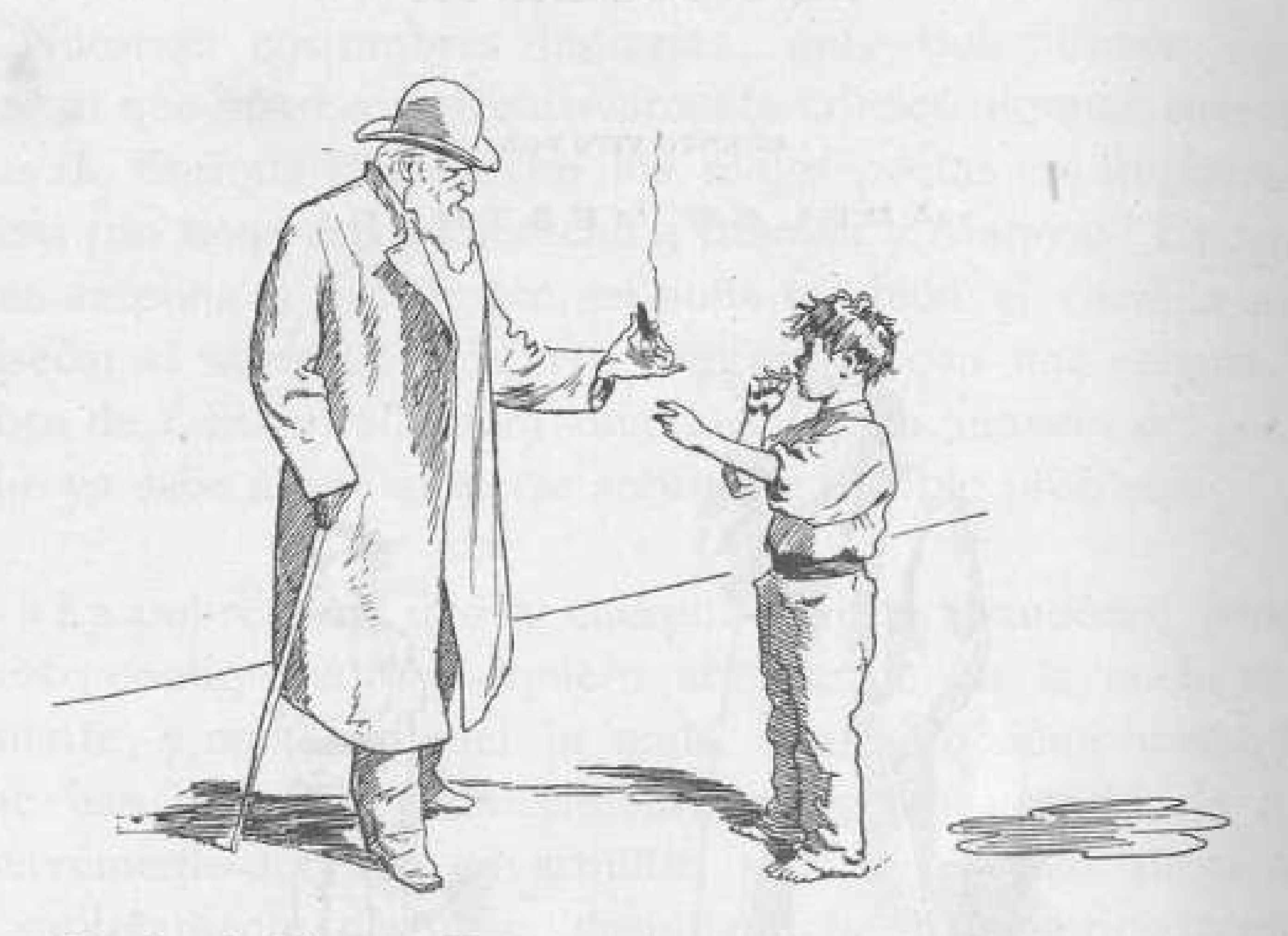
APELES MESTRES



—¡El sol es espléndido, el aire delicioso, este tabaco exquisito... Hoy la existencia me parece bella y la humanidad buena.



—Caballero: ¿me hace usted el obsequio?



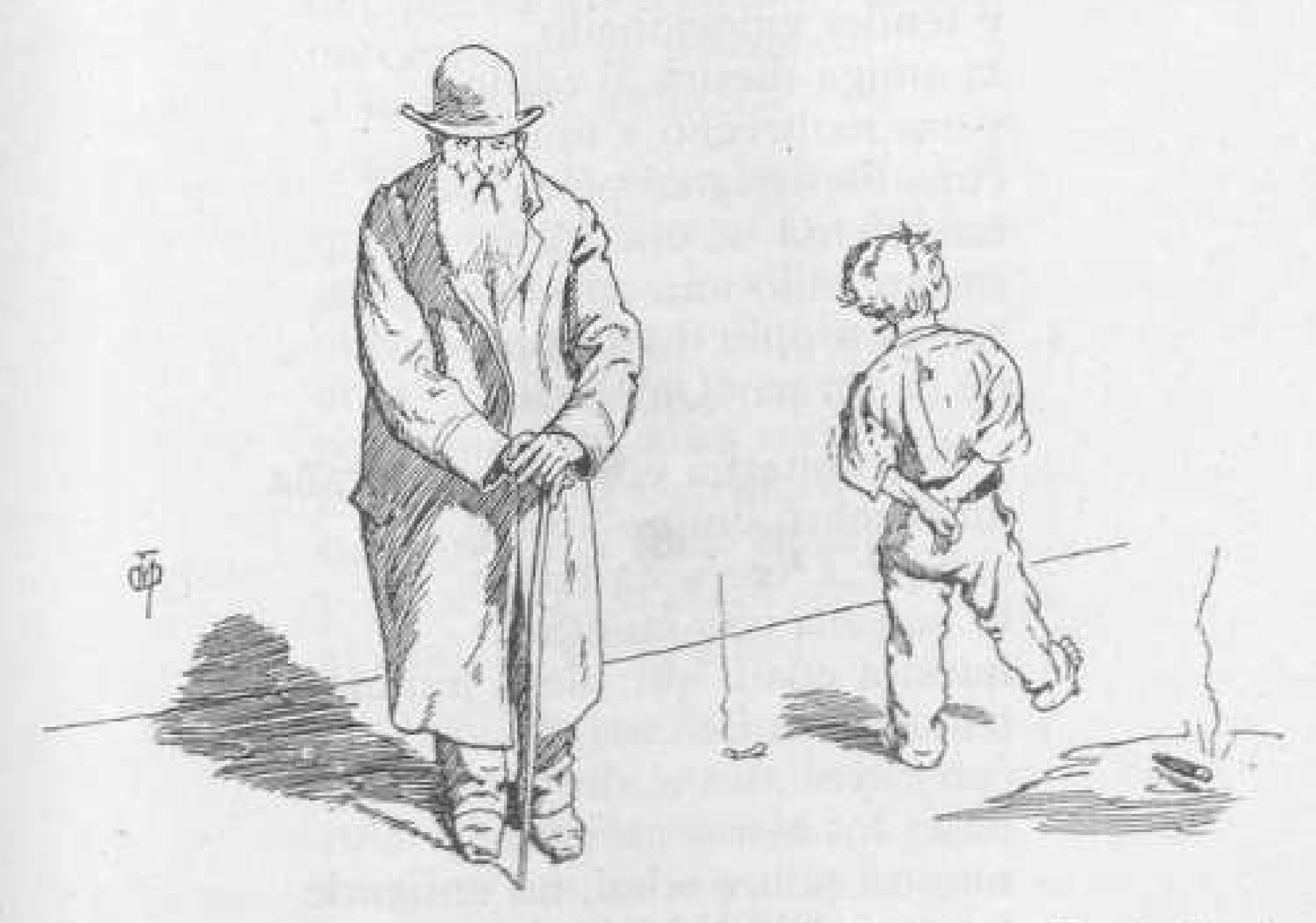
—¡Hombre de Dios!... ¿Tan pequeño y ya fumas?...



Mira, hijo, que el tabaco es doblemente pernicioso; pernicioso para la salud y para la hacienda. Procura dominar al vicio antes el vicio no te domine á tí...



—Puede que tenga usted razón. ¡Ea, pues! ¡dominemos el vicio!



—¡Me está bien empleado!... ¡Métete á redentor y crucificarte han!

A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Si volvieras á nacer,
no te habían de faltar
entuertos que enderezar,
ni agravios que desfacer;
porque hoy lo mismo que ayer,
viejo hidalgo sin segundo,
traza con sombras el mundo
la curva de su camino,
prefiriendo lo mezquino
á lo grande y lo fecundo.

Hoy todos, buen caballero,
en nuestra senil cordura,
arrastramos la envoltura
grosera de tu escudero;
hoy del prócer y el pechero,
del que aspira y del que alcanza,
la preferente esperanza
y la codicia incesante,
son cambiar tu Rocinante
por su rucio á Sancho Panza.

Combatir por el vencido,
dar libertad al forzado
y tender emocionado
la amiga diestra al caído;
verse maltrecho y tundido,
(tras de desigual pelea),
en defensa de una idea,
sustentando una opinión,
eso es propio del campeón
de la sin par Dulcinea.

Pero nuestra edad, que entraña
un cerebro limpio y sano,
aunque á veces un enano
le parezca una montaña;
nuestra edad, que niega huraña
tributo á la fantasía,
(en cuyas alas el día
hasta los astros asciende),
nuestra pobre edad, no entiende
tan neurótica hidalguía.

Manchego ilustre, á mi ver,
en tu historia singular
hay virtudes que imitar
y verdades que aprender;
culto venerando hacer
del honor y la hermosura,
llevar la piedad más pura
esculpida en la conciencia,
es una santa demencia
y una envidiable locura.

Falto de seso te llama
el mundo al lëer tu historia,
pero no amengua tu gloria
ni desmerece tu fama;
entre esa turba que aclama
sólo diosa á la razón,
se oye con hiriente son
gritar á los muchos pocos,
que también llamaron locos
á Galileo y Colón.

Deja que el mundo se ría
y recuente en sus tristezas,
el rosario de pröezas
que tejió tu bizarría;
alma yerta y alma fría,
digna de ultrajante mote,
es el alma, Don Quijote,
del que en sus ensueños ruines,
no creyó ser de malsines
el fustigador azote.

Todos con veloz carrera,
que lo es del tiempo la huída,
gastamos la fe y la vida
persiguiendo una quimera;
unos, subiendo á la esfera
por donde los soles van,
forjan con luz de volcán
su espléndido ideal bizarro
y otros amasan con barro
el símbolo de su afán.

¡Bendigamos la locura
que á la justicia estrellada
roba su celeste espada,
su no domable bravura;
y mal hayan la cordura,

el ingenio y el saber,
si en lucha con el deber
retroceden al hallar,
entuertos que enderezar,
agravios que desfacer!

CARLOS ROXLO.

Montevideo.

LOS DOS PERROS

Así un perro decía
á otro vecino perro:
—¿No han traído á tu amo
de regalo una carga de conejos?

Pues, ¿cómo eres, amigo,
tan grande majadero,
que á la carga no quitas
un tierno gazapillo por lo menos?

—¡Yo hacer tal felonía!
repuso el compañero,
¡yo quitar una hilacha
á un hombre tan de bien como mi dueño!

Sabe que mi conciencia
no me permite hacerlo;
tú véte de mi lado
y á pillos como tú dales consejos.—

Halló la misma tarde
el perro consejero
al otro devorando
un conejo magnífico, soberbio.

—¿Qué fué de tu conciencia?
le dijo, ¿cómo es eso?
Y respondióle el otro
acercándose á él y con misterio:

—No pensaba robarlo,
pero he sabido luego
que quien hizo el regalo
no traía contados los conejos.

JOSÉ ESTREMERA.

LA BALANZA

Á RAFAEL DOMÍNGUEZ, S. TERRENO Y NICANOR BOLET PERAZA

Las arpas de oro se estremecen aún con la vibración de la armonía, interrumpida de improviso; los cantos celestiales han cesado súbitamente; los ángeles dejan caer sus alas con tristeza; las inmensas claridades del infinito se han empañado, como temerosas de brillar; el silencio del cielo es formidable, la solemnidad augusta.

Va á juzgarse una alma.

Por tribunal una balanza; por balanza una cruz salpicada de sangre siempre fresca.

Medio oculto en sombra fatídica, que forma con sus alas negras, y de espaldas al cielo está de pie un ser lúgubre y sombrío esperando la hora vil del acusador, terrible, inexorable. En su rostro hay lineamientos de perfidia, mirada de asechanza y sonrisa malévola que hiere como puñal.

En el sitial de la justicia brilla un inmenso foco de luz resplandeciente que sirve de aureola al juez austero, lleno de incomparable majestad. Pero algo íntimo misterioso hace traición á su designio de severidad y á su misterio de rigor, porque aquella sombra doliente de tristeza que vaga por su semblante, no es de juez sino de padre, y hay no sé qué ternura en aquellos ojos de cordero y en la dulce inclinación de su cabeza, que deja entrever mucho de inconsulta piedad y de imprudente misericordia. Luego, hay marcados en su frente golpes de caída y en sus manos cicatrices de suplicio, y el corazón adivina que no ha de ser implacable en el castigo quien ha padecido amarguras de humillación y dolor de víctima.

Al pie de la cruz gime la culpable. Desfallecida sobre sus rodillas, la túnica en desorden, quebrado el alabastro, amortecidos los ojos, suelto el cabello, inclinada la frente vergon-

zosa, aprieta sobre el pecho sus manos entrelazadas, con la convulsión de la culpa y el estremecimiento del terror.

Aún la sigue hasta este trance doloroso el ángel cándido, compañero familiar de su existencia, lanzando penosamente suspiros prolongados de tristeza inmortal, que denuncian el pesar supremo de los esfuerzos inútiles y de la esperanza en derrota.

Habló el maldito, y se elevó hasta la agonía la suspensión de las legiones celestiales, que cubrieron sus rostros inocentes con sus manos de armiño. Cada palabra era una culpa, cada culpa caía en el platillo de la balanza con enorme pesadumbre, inclinándole siniestramente del lado del abismo.

Allí cayó la liviandad, la impureza, el deshonor... y la balanza se inclinaba hacia el abismo.

El platillo de los merecimientos estaba vacío.

Allí cayó la torpeza de los pensamientos, el deleite funesto, el goce inmundo... y la balanza se inclinó hacia el abismo con lúgubre crujido.

Calla el acusador, el silencio es pavoroso, la balanza vacila, el vértigo invade todos los espíritus... ¿No hay quien defienda el alma infortunada? ¿Quien, generoso, tome la voz de quien la pierde ahogada entre nudos de remordimiento?

¡Va á cerrarse el juicio fatal!

Incorporóse trabajosamente la acusada; pero no halla voz en aquel pecho lleno de tempestades, ni en aquellos labios, trémulos de dolor infinito...

Vencida de la agonía suprema, apoya su frente desfallecida en el madero ensangrentado...

Una lágrima solitaria, desprendida de sus ojos, cae de improviso sobre el platillo vacío de la balanza, que, sacudida por una conmoción terrible, recobra de súbito el equilibrio...

Jesús abre los brazos, ruge el monstruo, prorrumpen deliciosos cantos celestiales, brillan claridades inefables...

¡Magdalena se ha salvado!

EDUARDO CALCAÑO.



LIBRO EN BLANCO

Á LA SEÑORITA G. L.

De tus recuerdos el libro
aún se encuentra en blanco ¡oh niña!
¡ni una nube en la alborada!
¡ni una esperanza marchita!
Es la estación armoniosa
de los nidos y las lilas,
cuyo perfume se lleva
entre sus alas la brisa;
la estación de los ensueños,
en que el valle de la vida
al azar graciosas cruzan

las palomas y las ninfas...
Corza que vas anhelante
á la fuente de aguas vivas,
que para tí siempre sea
murmurante y fresca y límpida,
guarda en el virgíneo seno,
como en urna cristalina,
de tu virtud la alma esencia
que trasciende á rosa mística.
Y cuando al correr el tiempo
hacia atrás vuelvas la vista
por contemplar del pasado
las románticas ruinas,
recuerda fuí yo el primero
en poner aquí mi firma,
de tu beldad aspirando
el favor de una sonrisa.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

EL CARMEN

Ni el aura que los árboles mecía
susurraba al pasar:
todo en el silencioso carmen era
tristeza y soledad.

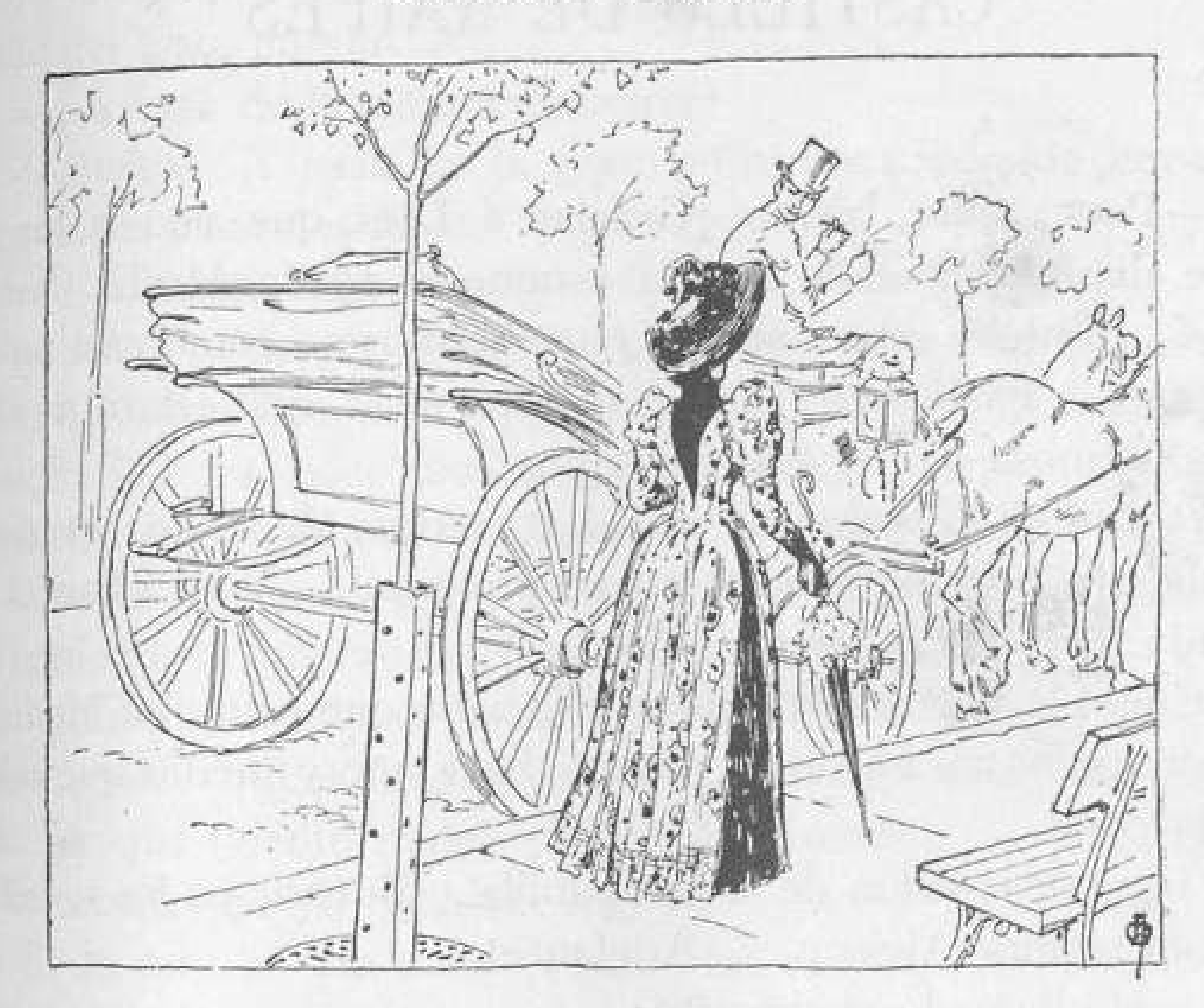
¡Cuántos dulces cantares lo alegraban
en tiempo más feliz!
¡Cuánto amor, cuánta dicha cobijaron
las frondas del jardín!

Ahora la estéril hiedra tapizaba
la ruinosa pared,
y en medio del jardín abandonado
descollaba un ciprés.

¡Ay! cual él, solitario entre tus ruinas,
¡oh pobre corazón!
se alzaba melancólico el recuerdo
del tiempo que pasó.

FEDERICO BALART.

GALANTERÍA



—¡Qué cuerpo! ¡vale un Perú!
¿tiene ya dueño?
—No sé,
¡y acabemos! ¿está usté
disponible?
—Yo sí, ¿y tú?

EPIGRAMA

—Vengo, señor don Mariano,
y perdone la osadía
de un hombre tan franco y llano,
á pedir la blanca mano
de su hija Juana María.
—Pues mi hija, señor Fraguesos,
de un tío muerto el noventa,
ha heredado cien mil pesos;
y usted, ¿con qué fondos cuenta
para casarse?
—¡Con esos!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

CASTILLO DE NAIPES [1]

—Pues, señor, bien... ¡Gracias á Dios que veo la luz de este día tan deseado!... Ya estamos á 19 de Abril... Santa Inés... Y debe estar un día muy hermoso... como casi todos los años... Basta que sean los días de ella... que estará mucho más hermosa que el día, de seguro...

Ya cantan los canarios en el comedor; debe de ser muy tarde... ¡Huy, más de las nueve y media!... Voy á llamar al criado para que la lleve las flores...

¡Cómo la voy á sorprender! No sabe que estoy en Madrid, seguramente no lo sabe... Como hace año y medio que falto de la corte...

Tiraré del cordón de la campanilla... Bueno; ya ha sonado. Ahora vendrá Alejo y... ¡Adelante!...

—¿Ha llamado el señorito?

—Sí; yo he llamado.

—¿Quiere el señorito chocolate?

—No, hombre, no quiero chocolate (¡cualquiera toma chocolate en una fonda!); quiero te con leche. Pero encárgaselo á la cocinera, que tú tienes que ir á un recado.

—Adonde el señorito mande.

—Bueno; mira, Alejo, vas á ir al puesto de flores de Ramona la Valenciana, ¿sabes?... En los derribos de la calle de Sevilla... Una de aquellas casetas de madera... Fíjate bien... tiene un rótulo que dice: *Ramona la Valenciana.*

Allí tendrán ya hecho un ramillete de flores muy hermoso y muy grande... tú vas allí con una tarjeta mía... ¡Ah! coge la tarjeta; mira, en el bolsillo interior de la levita estará el tarjetero... No, en el del frac, que anoche me puse el frac... ¿Está ahí?... Sí...

Coges una tarjeta y un billete de cinco duros, te vas al puesto de flores de Ramona la Valenciana, preguntas por el

[1] Del libro *Capullos de novela.*

ramillete que yo encargué ayer tarde, que será el mejor que haya allí, te le dan, le pagas, y le llevas con la tarjeta, á la calle del Oso, número...

—¿A casa de la señora Condesa?

—¡Justo! A casa de la señora Condesa, adonde llevabas los dulces hace dos años.

—Está bien, señorito.

—Adiós, Alejo... Que está bien, dice: pues claro que está bien... Como que casi no puede estar mejor. Dentro de un cuarto de hora, poco más, llegará Alejo con el ramo de flores, llamará, saldrá María, la doncella, cogerá el ramo y se le irá á enseñar corriendo á la señorita... que dirá toda sorprendida y poniéndose colorada: (¡Calla! ¡Ha venido Gonzalo! .. ¡Y le ha faltado tiempo para felicitarme los días con este precioso ramillete!... ¡Qué bueno es Gonzalo, y qué fino y qué amable... y qué talento tiene! ¡Cómo ha cuidado que la primera felicitación que yo recibiese hoy fuera la suya!...)

Todo esto lo dirá dando vueltas al ramo y acariciándole y pasándole la mano con mucha monería. Después cogerá una gardenia y la pondrá en el pecho, para no separarse por entero del recuerdo mío, y seguirá peinándose... y pensando en mí, naturalmente... ¡Estará más hermosa!

La verdad es que me había de levantar, pero tengo pereza... Es tan dulce estarse así, sin hacer nada, cuando es uno feliz... como lo soy yo ahora. Porque ¡cuidado que soy feliz de veras!... Y lo seré mucho más todavía... Sí, Gonzalito, sí... Te digo que vas á ser el hombre más feliz del mundo... Esa mujer vale un Potosí... Esa mujer es un ángel... Esa mujer no tiene precio...

Cuando concluya de peinarse, más primorosamente que otros días, como que hoy se peina para mí, irá á misa con su madre á San Cayetano... si es que no ha ido ya á comulgar por la mañana... que sí habrá ido, porque ¡es más buena!... Pero aunque así sea, volverá seguramente á misa de doce... y creerá que me va á ver allí... No, no me verás, alma mía... Está muy lejos.

A media tarde, viendo que no he ido por allá todavía, dirá

Inés á su madre:—Mamá, podías mandar una tarjeta á Gonzalo convidándole á comer, porque si no, es posible que no venga á darme los días hasta la noche, y francamente...

Este francamente y estos puntos suspensivos quieren decir: «Yo no quiero tardar tanto en ver á Gonzalo, yo deseo verle cuanto antes...»

¡Bendita seas, Inés, bendita seas!...

No, y como la Condesa me convide á comer, acepto el convite y voy volando. ¡Vaya si voy! Lo contrario fuera una grosería. A más de que no he de desperdiciar una ocasión así de comer con Inés... y sentarme á su lado... Y como esté muy amable conmigo, que sí lo estará, hoy mismo me declaro formalmente.

Ella no me dirá que sí, de plano; pero me lo dejará entender con algún rodeo; yo insistiré dentro de unos días, y al cabo me dirá que sí... de seguro... Es una muchacha muy formal, y si no me quisiera, no me lo hubiera dado á entender tantas veces con los ojos, este verano hará dos años.

Después concertaremos la manera de vernos á menudo... Me dirá que va por las mañanas con su madre al Retiro, porque se lo ha recomendado el médico... Yo iré también, y las encontraré de *casualidad* por allí, hacia la Casa del Pobre, y las acompañaré y tomaremos en el *Lactante-Club* leche con bollos, y cuando su madre se entretenga en mirar las crías de los cisnes, hablaremos largo y tendido de nuestros proyectos de felicidad futura, que será completísima.

También la veré en el Circo de Price los martes por la noche, y entraré un rato á sentarme junto á ella en el palco, y se me quejará con encantadora sencillez de que la quiero poco, porque voy pocas veces á su casa, cuando su mamá no desea otra cosa, y además porque me ha visto mirar á Luisa y saludar con demasiado cariño á Teresa.

Pero yo la tranquilizaré, y quedaremos tan enamorados y tan conformes.

Al verano me iré detrás de ellas á San Juan de Luz, y la veré todos los días en la playa, y haremos una expedición á Lourdes, y muchas á Bayona; y así, intimando cada vez más,

en el viaje de vuelta me autorizará para pedirla. La pediré, y como estaremos ya entrando en el invierno, se concertará la boda para la primavera.. de suerte que á otro año por ahora, si no estamos casados ya, estaremos para casarnos...

¡Qué día aquél!... ¡el día de la boda!... Y después, ¡qué dicha la mía, y qué felicidad tan grande!...

Casado con Inés... el sueño hermoso de toda mi vida... ¡Me querrá tanto!... Pasaremos la primavera en Italia, el verano en Alemania, el otoño en Francia, y volveremos á Madrid poco después de la apertura del teatro Real, donde tendremos abono... como en el Español y en la Comedia... Todo esto contando con que á Inés la gusten estas cosas, que lo que es por mí... á mí me basta con estar cerca de ella: yo no quiero ni querré nada más que á ella. Viviremos en la ronda de Recoletos, que es un sitio muy elegante; digo, si quiere Inés, que sí querrá, porque no querrá más que lo que yo quiera... Mi amigo Pepe Centeno, que tiene desocupados los dos principales de su casa de la calle del Arenal, me ofrecerá uno; pero no me pesca. La calle del Arenal es insufrible... con tanto barullo de coches y carros... Hoy lo céntrico es de mal gusto.

Al verano siguiente ya tendremos un niño... ¡más mono! se llamará Gonzalo, como yo: eso sí; lo que es como sea niño, el primero se ha de llamar como su padre.

Le llevaremos á paseo con nosotros: iremos Inés y yo y llevaremos á la niñera con el niño: nos bajaremos del coche á la entrada del Retiro, junto á la Puerta de Alcalá, y subiremos á pie por la fuente de Galápagos, llevando también el niño delante en brazos de la rolla, y todos los que le vean dirán por lo bajo: «¡Qué niño más hermoso!» ¡Y nos mirarán con una envidia!...

Le iremos á retratar á casa de Napoleón, el gran fotógrafo, la especialidad en retratar niños; y es claro, saldrá admirablemente, y Napoleón pondrá un ejemplar abajo, en el muestrario de la puerta, donde estará tan mono sonriéndose, ¡hijo de mi alma! y haciendo que se paren á mirarle todos los que pasen por la calle del Príncipe.

—¿De quién será este niño tan guapo? preguntará Isabel á su marido, muerta de pesadumbre.

—No sé, la contestará él, aparentando indiferencia, y seguirán mirándole.

Pero en esto llegará Paco, que conocerá al niño, y les dirá:

—¿Estáis mirando á Gonzalito?

—¡Ah! ¿Tú conoces este niño? ¿De quién es?

—¡Toma! Pues de Gonzalo Quintana, del Conde de Rueda.

—¡Qué hermoso! Claro, como la Condesa es tan hermosa... (porque Inés hay que reconocer que es muy hermosa), y el Conde... (la verdad es que yo tampoco soy feo).—¡Dios se le conserve! dirá por fin Isabel, ahogando un suspiro, porque como ella no tiene hijos, la pobre...

Dos años después tendremos otro, que se llamará Luis, como su abuelo, y no será rubio como Inés, sino moreno como yo; pero también será muy guapo.

Después tendremos una niña, que regularmente se llamará Dolores. Yo más quisiera ponerla Inés, como su madre, á la que se le parecerá, es claro; pero su abuela se empeñará en que se ha de llamar como ella, y dirá que no la quitemos ese gusto, y que ya Dios nos dará más y la podremos poner como nos dé la gana... y no habrá más remedio que transigir con mi suegra... que casi no se le puede llamar suegra, porque es tan amable... También en esto voy á tener mucha suegra... digo mucha suerte... ¡Qué loco estoy de alegría!... Ya casi no sé lo que digo... y la cosa no es para menos.

Tras de esta niña, que será enteramente un encanto, con los ojos azules como el cielo de Aranjuez y el pelito rubio como las palmas de Orihuela ó las espigas de Paredes de Nava, tendremos alternativamente un niño y una niña y otro niño... todos tan hermosos...

¡Ah! Pero, sobre todo, la niña primera... será una criatura preciosa. Cuando llegue á los dos reales, es decir, á los diez y siete años, se la podrá ver... Por supuesto, que tendrá los novios así, como los dedos de la mano; pero yo me decidiré... es decir, ella se decidirá, con la aprobación de sus padres, porque será una niña muy obediente... se decidirá por el pri-

mogénito de mi amigo el Marqués de Siete Cruces, el niño que bautizamos el otro día, que tendrá unos seis años más que ella... edad proporcionada... y serán muy felices... Pero me parece que esto es adelantar demasiado el discurso...

Todavía los niños no van al colegio, aunque irán pronto, eso sí, muy pronto...; lo que es los dos mayores, Gonzalo y Luis... Pero, en fin, ni á ellos ni á Lolina, todavía no es hora de pensar en casarlos...

Por de pronto se van desarrollando muy bien, y nunca están enfermos... Especialmente el segundo, Luis, es tan robusto... Verdad es que para eso tenemos cuidado de llevarlos por las mañanas al Retiro en cuanto entra el buen tiempo; allí corren ellos y enredan á sus anchuras.

Vamos con ellos Inés y yo, porque no se les puede dejar solos, y nosotros somos unos padres modelos...

Llevamos dos criadas para tener en brazos los dos más pequeños, y otra para ir al cuidado de los tres mayores.

Y á veces no basta, porque se van cada uno por su lado, y... ahora, por ejemplo, si atiende á la niña, que quiere echar pan á los patos, para lo cual se pone medio á caballo sobre el antepecho de hierro del estanque grande, y es posible que dé la vuelta, no puede atender á los otros, que ¡son más traviesos!... principalmente el segundo...

—Pero ¿qué diablos está haciendo aquel chico?... ¡Pues no se está subiendo á un árbol!... Y se va á caer, y se va á romper algún brazo... ¡Luis!... ¡Luis!... ¡No te subas!... Se cae de seguro... Voy corriendo...

—Señorito...

—¡Déjame, Alejo; déjame, por Dios!... Se va á caer...

—Aquí traigo las flores, porque en casa de la señora Condesa no había nadie, más que dos criados. Ella creo que se ha ido hace quince días á vivir á un convento. La señorita se casó hace dos meses, y está con su marido viajando por Italia.

—¡Ay! *(prolongado)*. Pues, entonces, no me importa que se caiga el niño.

ANTONIO DE VALBUENA.



EL VENGADOR DE SU HONRA

—¿Me conoce usted?
—No tal;
aunque mi mente torturo,
no le conozco; lo juro
á fe de Luis Sandoval.
—Pues si en mi rostro repara...
—Reparo y pienso, ¡pardiez!
que esta es la primera vez
que nos vemos cara á cara.
—¿Tan ciego está ó aturdido,

que en mi semblante no nota
ni semejanza remota
con otro muy conocido?
—¡Por Dios que ya me exaspero!
que no, he dicho, y concluyamos;
pues sabe quién soy, sepamos
quién es usted, caballero.
—¡De una hija á quien adoré
soy, don Luis, el vengador!
—¿Y aquí qué busca?
—¡Mi honor
que cubrió de infamia usté!
La deshonra de Virginia
mis nobles canas enloda
y sólo puede una boda
borrar tan negra ignominia.
Sin sombras de deshonor
ver quiero su frente bella
ó he de matarla y con ella
á su infame seductor.
¡Hable usted!... del torpe agravio
que en mi ausencia usté ha inferido
á mi honor, cuentas le pido...
¿por qué enmudece su labio?
—¿A qué negar que sin calma
perdí por Virginia el seso?
una noche me dió un beso
que encendió un volcán en mi alma.
—¿Ella?
—Sí.
—¡Tal liviandad!...
—Preso yo en tan tiernos lazos,
tendí con amor los brazos
á Virginia y...
—¡Oh maldad!
¡Bien la infame se burló
de mi confianza sin tasa!...
¡al entrar usté en mi casa,
de ella mi honra se alejó!
¿Dónde hallar ya la quietud?
—¡Tesoro tan mal guardado!...
—No existe más que un candado
para el honor... ¡la virtud!
—Yo, ciego; Virginia, hermosa;
la ocasión, que hace al ladrón...
—¿Mas pudo dar ocasión
mi esposa al desliz?

—¿Su esposa?
tenderme quiso una red
que logré esquivar, artero...
—¡Basta ya! ¡oh destino fiero!
¡harto le comprendo á usted!
—Corriendo de un yerno en pos,
dió origen á tal desmán.
—¡Pues, por Dios, ganas me dan
de casarle... con las dos!
En fin, yo en su boda insisto.
—Vano afán: no he de ceder.
—¡Vive Cristo, que ha de ser!
—¡Pues no será, vive Cristo!
Si sacrifico, constante,
á su hija nombre y reposo,
vengar querrá en el esposo
los desdenes del amante.
Tendióme el lazo traidor,
y pues roto queda el lazo,
esa boda yo rechazo.
—Pero ¿y mi honor? ¿y mi honor?
—Ella es quien torpe lo inmola,
sin que enrojezca su frente,
¿no puso el pie en la pendiente?
¡que ruede al abismo sola!
—¡Pues por Dios que he de anudar
los lazos que ha roto, impío!
—Los que desata el hastío
ya no se vuelven á atar.
Si la amante, asaz galante,
delinquió, y no le hizo mella,
¿qué puedo esperar yo de ella
cuando ya no sea *amante?*
—¿Habrá destino más negro?
—¿Qué dice usted?
—¡Voto á tal!
que pude yo en caso igual
decir lo mismo á mi suegro.
—¡Cómo! ¿usted también?
—¡Oh, sí!
mas yo cedí y me casé
y si no cede hoy usté...
¡tiemblo por usté y por mí!
—¿Por qué tal temor le acosa?
tranquilo estoy, á fe mía.
—Pues yo no.
—¿Y su energía?

—Fué prestada: es de mi esposa.
De ella, que en loco arrebato,
nos dará un disgusto fiero,
á usted, por mal caballero,
y á mí, porque no le mato.
Conque basta ya, por Dios,
y acabemos este asunto:
ó se casa usted al punto...
¡ó huyamos de aquí los dos!

CASIMIRO PRIETO.



FABULEJA

Tiró á la calle varias monedas
y quedó oculto tras su ventana,
un viejo loco que vive ahora
frente á mi casa.
Armó en la calle, para recogerlas
ávidamente gran algazara
la muchedumbre, que envilecida
por entre el fango se revolcaba.
Hombres, mujeres, niños, mirando
hacia la altura—¡Más! ¡más!—clamaban,
mientras el loco se sonreía
tras los cristales de su ventana,
y—Así, me dijo, nos hace el cielo
con las que nombran dichas humanas;
todos se afanan por conseguirlas,
pero... ¡son falsas!

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1891.

EL MEDITERRÁNEO

¡Qué hermoso es el Mediterráneo!

Viéndole se comprende sea el mar de la poesía, el espejo de los poetas, que sus brisas agitaran las cuerdas del arpa de David, de la lira de Homero, y que en sus tranquilas aguas se bañaran las musas de la Grecia.

El Océano es más grande, más bravo, más tempestuoso, más sombrío, es sublime; pero el Mediterráneo es más celeste que el Océano, más alegre, más tranquilo, más hermoso.

En la categoría de las ideas, lo sublime es más grande que lo hermoso; pero lo hermoso es más humano y está más cerca del alcance de nuestras facultades que lo sublime.

El Sol es sublime, y por eso no podemos mirarle; la Luna es hermosa y por eso nuestros ojos se bañan en su tibia luz.

Dios, que está sentado en la cúspide de los mundos, que exhala de su aliento el espíritu que nos anima, que presta con su mirada luz á los astros, que tiene en sus manos la catarata del gran río de la vida en que beben su esencia todos los seres; Dios, inefable, infalible, eterno, inmenso, es sublime.

Por eso su luz nos ofusca, por eso al verle pasar tiemblan los mundos y se ocultan en sus alas los serafines.

La religión cristiana, conociendo que el alma se quedaría ciega si de continuo se perdiese en la deslumbradora luz de Dios, ha puesto en el cielo una mística luna, María, á la cual se levanta de continuo la oración del cristiano, seguro de que aquella tibia luz es la del eterno sol de la verdad y de la ciencia: Dios es sublime y María es hermosa.

Lo sublime es superior á nuestra naturaleza, y hasta cierto punto incomprensible por nuestra pobre razón; lo sublime nos abate, nos sumerge en una especie de espanto, muy parecido al que sintió el pueblo de Israel cuando tronaba Dios en la cumbre del alto Sinaí.

Y he aquí por qué el Océano nos espanta.

No puedo ver aquellas escarpadas riberas, sus montañosas ondas, sus continuas tempestades; no puedo oir sus roncos bramidos, el huracán que lo azota, sin sentirme aniquilado como la gota de lluvia que cae en su profundo seno.

Lo hermoso nos atrae, nos sonríe: en esa idea descansa el alma como en su centro; todas nuestras facultades se ponen, digámoslo así, en equilibrio; todos nuestros pensamientos entran en concertada armonía: gozamos como mirando unos hermosos ojos, como oyendo el acento de una voz querida ó el eco de una canción de Bellini. El Mediterráneo es hermoso: sus riberas son doradas; floridos sus campos, cubiertos de viñas y de naranjales; su color es el color del cielo; sus brisas son como el aliento del amor; sus ondas se rizan en ligeras playas como feliz lago; sus horizontes son alegres, clarísimos, transparentes; parece como que convida con su tranquilidad á dejarse mecer por sus ondulaciones; que cuando se quiebra en la orilla, canta que ha sido creado para retratar como claro espejo las estrellas del firmamento. Es el mar amigo del hombre.

Cuando los poetas bíblicos cantaban, este mismo mar movía las alas de su inspiración, las cuerdas de sus arpas. En él vió Homero levantarse como una niebla á la Thetis, sacudir su cabellera cargada de perlas y llorar sobre el seno de su hijo; este mar fué muchas veces el fondo del teatro por donde discurrían las grandes creaciones de Esquilo, de Sófocles y Eurípides; en él se apagó, como una exhalación, la vida de Safo; de su seno surgió Citerea, blanca como su espuma, con con sus ojos azules como átomos del firmamento y sus cabellos de oro como los rayos de las estrellas de la tarde; en sus riberas enseñaba Platón la unidad de Dios, y en sus islas Pitágoras las armonías de las ideas, las ciencias de los mundos; por este mar se esparcieron los Apóstoles, que por vez primera predicaron la religión cristiana á los hombres, y cerca de él derramó Jesucristo las ondas de sus divinidades; y en su seno, inspirado por sus murmullos, escribió san Juan su Apocalipsis: flores nacidas en el Mediterráneo, y que á sus

brisas confiaron sus semillas, para que las desparramasen, ora en Italia, ora en las Galias, ora en España.

En sus orillas duerme, bajo un laurel, Virgilio; en él se miraban las grandes ciudades egipcias, que unieron al principiar nuestra era, el alma de todos los pueblos antiguos; por sus horizontes vió el Dante volar, como el ángel de la oración, á Beatriz; y mirando su plateada superficie, se consolaba, en Nápoles, Petrarca de la ausencia de su Laura; la estela de las góndolas de Venecia ha dejado una huella de poesía en sus aguas, y la voz de Provenza y el eco dulcísimo de sus aires, y la mirada de España un luminoso reflejo en sus horizontes, y el Asia, Grecia, Egipto y todas las naciones que le rodean, han hecho de este mar el conductor de la civilización y del arte.

Todos los dramas de la civilización se han representado en el Mediterráneo. De él salieron todas las grandes expediciones, desde Alejandro hasta Napoleón. En el Mediterráneo ha luchado el Oriente con el Occidente la idea de absorción, de castas, de despotismo, con la idea de la expansión, de derecho, de libertad.

Aquí se oye aún el sollozo de Príamo que era el postrer quejido de la civilización oriental, su último suspiro. Por estas azules aguas cruzó el grande, el portentoso César, en cuya alma se unieron el espíritu del Oriente y del Occidente. El Mediterráneo fué como mediador plástico de Europa, África y Asia.

Suprimiendo en el pensamiento el Mediterráneo, cada uno de los grandes continentes acaso hubieran sido de los restantes tan ignorados como lo fué América de todo el viejo mundo hasta el siglo XV.

Encerrado el Mediterráneo entre riberas que lo estrechan, ha podido llevar de un punto á otro fácilmente la primitiva navegación, incierta y poco audaz; y sólo ese mar tan plácido y sereno ha podido atraer al hombre para que confiara la vida á sus ondas. Por esto, pues, el Mediterráneo es el mar de las colonias, al paso que el Océano es el mar de las irrupciones.

He oído decir á algunos que, aunque creyendo en el mar, no pueden comprender la facilidad de la bienaventuranza de la contemplación perpetua de Dios.

A la vista del mar se comprende y se explica.

Doquier aparece lo infinito, el hombre se recrea en contemplarlo y aspira á volar al cielo: sí, al cielo que es su patria. Por eso, á pesar de la uniformidad del mar, el alma se goza en contemplarlo como todo lo que parece y se aproxima al infinito.

Al descender el crepúsculo, el mar se tiñe de un tinte rosado, que le da dulce alegría; algunas nubes, impelidas por los rayos del sol poniente, se retiran del ocaso á desvanecerse en las mansas aguas que no se mueven, como si en la noche durmiese ella en tranquilo sueño.

Sí, en este mismo mar, Byron, que tantas veces había maldecido á Dios, ángel caído del cielo que se gozaba en arrastrar sus blancas alas por el lodo; Byron, que se aparece siempre á mis ojos con la lira rota en sus manos por la desesperación y la copa del placer quebrada á sus plantas por el hastío; Byron oyó al anochecer el acento de una campana, el rezo de los marineros, el murmullo de las olas y de los próximos bosques, agitados por aquella religiosa plegaria á María, y en celestial arrobamiento la vió aparecer en sonrosada nube, pura, hermosa, coronada de estrellas, llevando su hijo entre sus brazos, deslizándose sobre la superficie de los mares, envuelta en el celeste manto, acompañada de la misteriosa paloma que se cernía en los aires, y ante tal espectáculo cayó herido de hinojos sobre la cubierta del buque, plegó sus manos, y sus labios secos murmuraban una mística oración que se confundió con las oraciones de los hombres y de la Naturaleza.

El culto á María es propio de las orillas del mar. Hasta el ateo vió aquí á la madre del Verbo en toda la realidad de su hermosura; y la vió, porque este mar será siempre su templo.

EMILIO CASTELAR.

LA VOZ DE LOS ANIMALES

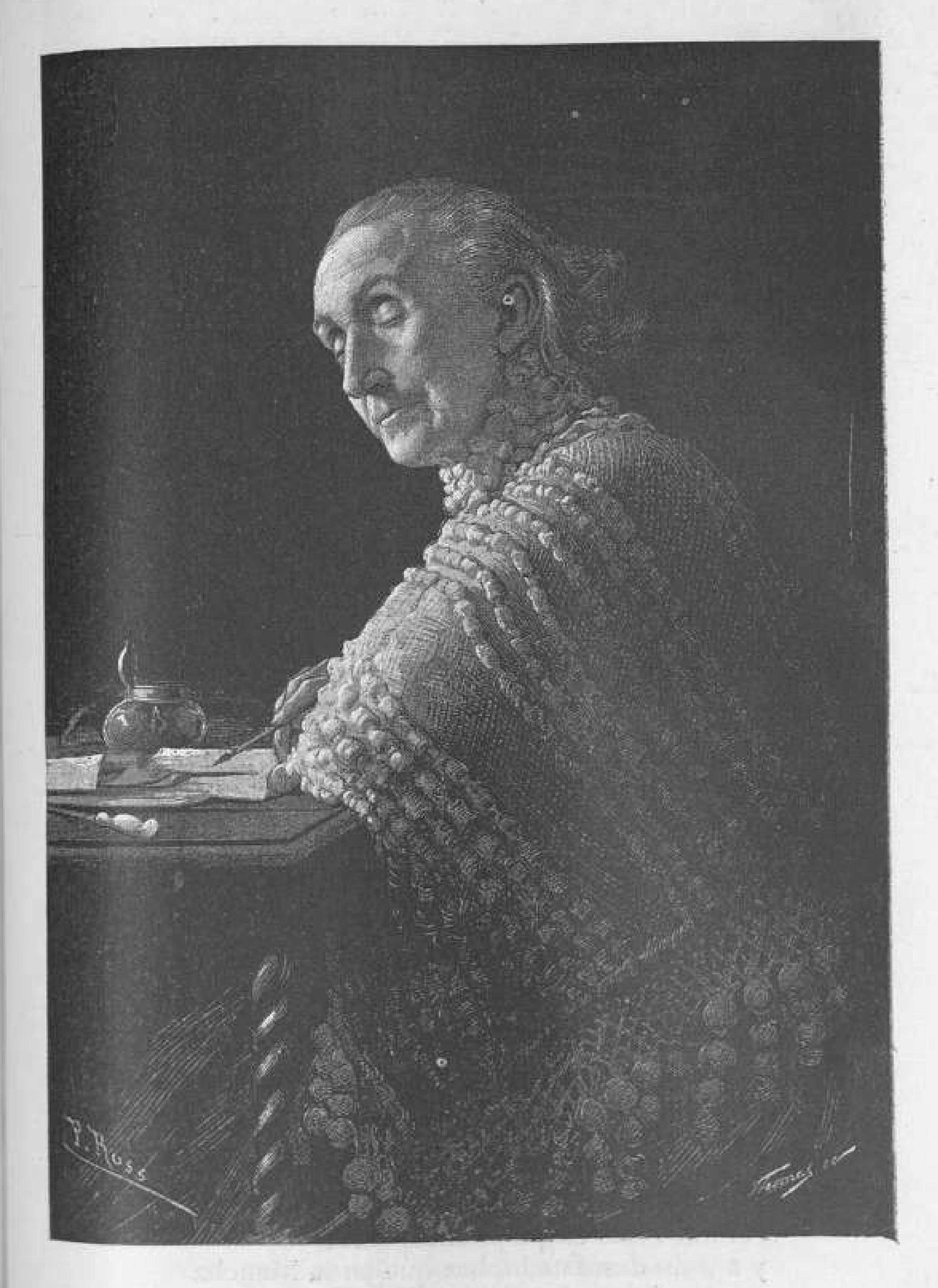


—¿Conque son tus gracias tales?
—No exagero; sí, señor:
no hay quien imite mejor
la voz de los animales.
—Pues yo conozco en Sevilla
uno, cuyo nombre callo,
que imita el canto del gallo
de un modo que maravilla.
¡Si no lo vas á creer!
en cuanto se deja oir...
—¿Qué ocurre?
—¿Qué ha de ocurrir?
¡que comienza á amanecer!

EPIGRAMA

Desde el día en que Clemente
se casó con Luisa, está
golpëándose la frente,
y, cual Chenier, tristemente,
—Algo, dice, tengo acá.

LOPE DE FIGUEROA.



LA EMINENTE NOVELISTA ARGENTINA

Sra. D.ª Juana Manuela Gorriti

ESCRIBIENDO UNO DE SUS LIBROS

ÓRDENES PARA ESPAÑA

Á MI AMIGO MARTÍN GARCÍA MÉROU, EN SU PARTIDA PARA MADRID

INÉDITA

Un padre-nuestro al pie del san Antonio,
dos veces milagroso, de Sevilla;
y á Colón y hospederos de la Rábida
y á Isabel, nuestra madre, una visita.
Pelayo, el Cid y Palafox, y el héroe
de Bailén, y otros mil, de tí reciban
por mí, por ambos, por la España inmensa
de aquende el mar, su eterna siempreviva.
Las sombras de Nariño y de Miranda
y San Martín consagran la fenicia
Cádiz para nosotros, enseñando
la cruz que á todo redentor confirma;
vé á la Carraca y de los dos primeros
encontrarás quizá tristes reliquias,
los hierros que cargaron, algún eco
de ese adiós sepulcral de padre á hija.
Y pues de tales mártires tratamos
vé á la mínima aldea de Bolívar,
por Calahorra, y con su nieto egregio
su corazón de abuela reconcilia.
Él, como digno vasco, en sus entrañas
ramo viroz del inmortal Guernica
trajo aquí, — manzanillo para déspotas. —
Si Dios lo hizo prender, Dios lo bendiga.
Plúgole así lección eterna darnos
de alma fraternidad, con sangre escrita,
y abrir cimiento justo á la potente
unidad que en la sangre arde y suspira.
Tú en los museos de Madrid la historia
común verás en palpitantes cifras,
y á todo descastado, haz que en la Mancha
vea las fotografías de familia.
Y si no cede, estámpale en la frente
el franco pie con que en España misma
sentimos nuestro el suelo que pisamos
como esta lengua que en los Andes vibra.
Dile á Madrid que se haga siete plazas,
romana, goda, líbica, morisca,

barroca, renaissance y americana,
muestra central de su opulencia artística,
que con los genios y héroes de la época,
de Aníbal y Trajano hasta Padilla,
del Cid é Ignacio á Calderón y Ayala,
canten muda epopeya en pétrea rima.
Echa un sueño en la Alhambra, y un desvelo
Betis abajo, y oye alguna misa
en Burgos, y en Toledo el gran romance
de Zorrilla—y de boca de Zorrilla.—
Mándame de Valencia unos melones,
y agua y pan de Alcalá de Guadahira,
y una *pomba* gallega; y en Menéndez
dale mi abrazo á todo hispano artista.
Ciego en aquella fe que hallaba mundos,
y pintaba Purísimas y Limpias,
ceba tu alma en el aura con que mofan
de nuestras dudas de hoy sacras ruinas;
suelta tu corazón en esos campos
de alta visión de sobrehumana vida,
y canta,—y del Pirene al Tequendama
aplaudirán tu voz manos amigas.—

RAFAEL POMBO.

Bogotá, 17 Mayo 1883.

EL GALO MORIBUNDO

CÉLEBRE ESTATUA QUE SE ADMIRA EN EL MUSEO CAPITOLINO

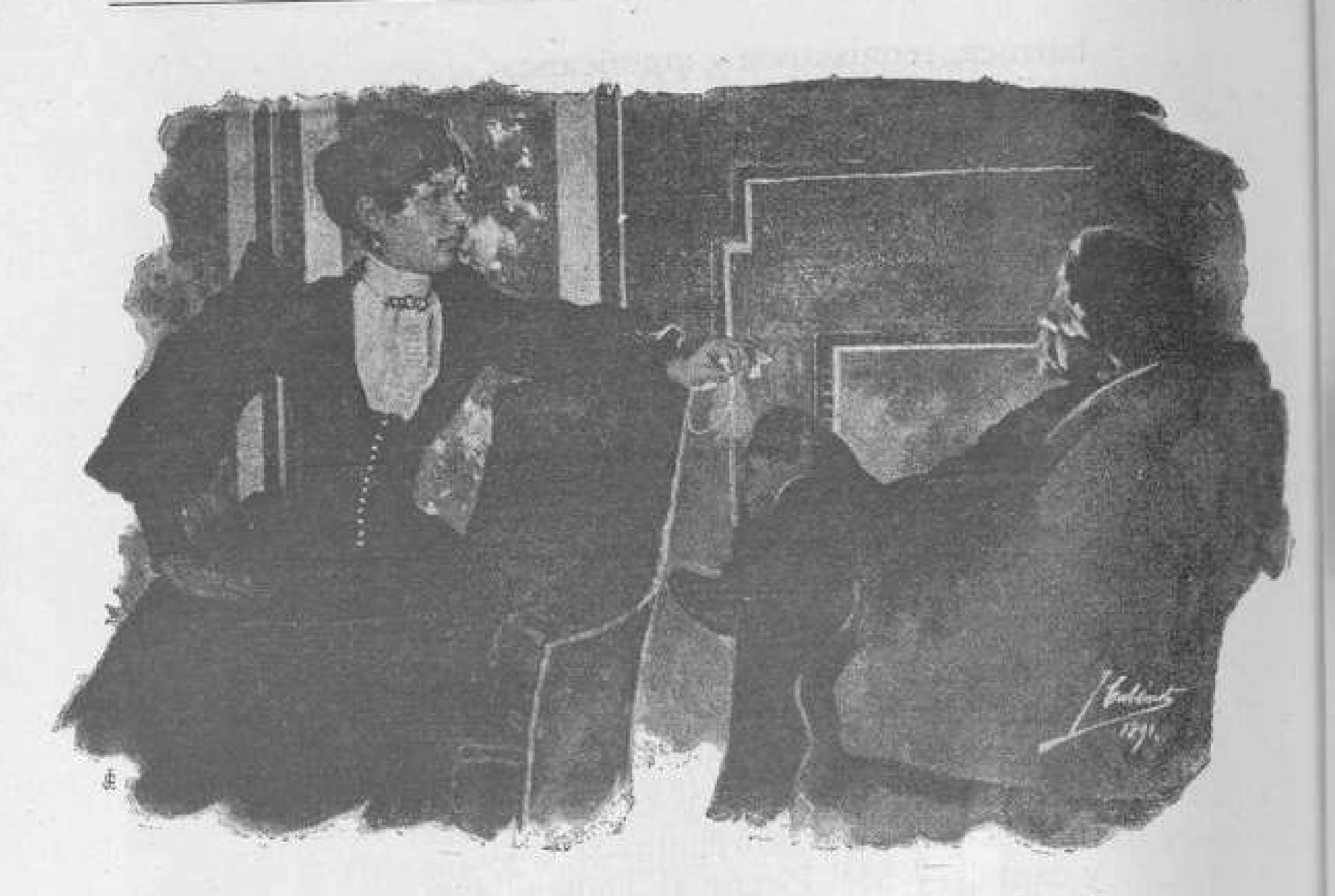
¡Ya caiste vencido! De tu herida
mortal, parece que un gemido alienta
y ha abierto con sigilo la sangrienta
boca, que acusa al bárbaro homicida.

Tu mano, que la lucha no impacienta,
suelta la espada; tu cabeza erguida
desfallece, y saludas tu partida
con gesto mudo como al hombre sienta.

Que ya no oyes de turbas cortesanas,
Galo, el estruendo y no oyes los enojos
que lanzan voces de inflexibles iras.

¡Gratos ecos de músicas lejanas
al morir, te recrean!... ¡Y en tus ojos
valles nativos reflejarse miras!

1891. GUILLERMO MATTA.



AL AMOR DE LA LUMBRE

Estamos en la estación de los días sombríos y de las noches polares.

La poesía huyó de los campos, ya sin idilios ni mariposas, para refugiarse en el hogar, junto á la lumbre, en esas crudas y largas noches del invierno, que serían insoportables á no existir el amor, ese sentimiento que presta á las horas de nuestra vida sus alas de alondra.

El frío tiene, entre otras virtudes, la de volver, siquiera sea momentáneamente, á la senda del deber á muchos casados.

Después de comer, tiéndense perezosamente en muelle butaca al lado de la elegante estufa, donde la modorra no tarda en aprisionar su voluntad, en tanto que la lluvia azota los cristales del balcón y el viento zumba fragoroso en el cañón de la chimenea.

—¿No sales? decía la otra noche á un caballero de esos, su bella é infortunada esposa.

—No, contestó él, cerrando los ojos con voluptuoso placer.

—¡Qué milagro! murmuró ella, con sonrisa irónica; ¿todos tus amigos están... buenos?

—Sin novedad; gracias.

—Pues me alegro, porque así los deberes de la amistad no te harán olvidar los del amor.

—¿Del amor? ¿acaso olvido yo los deberes del amor?

—Algunas veces.

—No es cierto.

—¿Y las noches que te pasas fuera de casa?

—El amor... al prójimo me obliga á ello.

—O á la prójima.

—No hago más que seguir el precepto divino. Dios dijo: «Amaos los unos á los otros.»

—Sí, pero no dijo: «Amaos los unos... á las otras;» y mucho menos cuando *los unos* son casados y *las otras*... unas cualquieras.

—¡Vamos, celosilla!

—¡Suéltame la mano, hipócrita!

—¿Sabes que estás monísima esta noche?

—¡Ya lo creo! ¡como que el frío y la lluvia te condenan á no salir! Sólo cuando el mal tiempo te tiene sitiado en casa, te acuerdas de que soy bonita... ¡Ah, infame! ¡cuán pronto te has olvidado de tus palabras de ayer! «¡Nunca me apartaré de tu lado!» me dijiste la noche de nuestras bodas, y á los ocho días... á los ocho días ya se había enfermado gravemente uno de tus amigos. ¿Por qué me dijiste, en medio de tu exaltación amorosa, lo que no eras capaz de cumplir?

—¡Bah! eso se dice siempre, pero no se hace. Y es natural: vivir en constante éxtasis amoroso en el hogar, delante del ser que se adora, sería contraer la peor de las enfermedades del espíritu: el aburrimiento. De ahí que todo casado necesite de distracciones, para evitar la monotonía de la felicidad. Además, mis pasatiempos no pueden ser más inocentes ni más sencillos; los busco en la amistad, que es una prolongación del amor.

—Sí, así como el amor es una prolongación de la amistad... de entre bastidores.

—¿Todavía crees que me dedico á las bailarinas? ¡Calumnias de la gente que te rodea! Si alguna vez voy al teatro, es á recrearme con las obras del genio.

—En vano tratas de engañarme... ¡lo sé todo! ¡todo!

—Te juro...

—¿Qué caso quieres que haga de tus juramentos, si faltaste á los más sagrados? Todavía no he olvidado la historia de la rusa... su recuerdo me persigue tenaz. Anoche mismo soñé que la veía cruzar, orgullosa y sonriente, las heladas estepas en volador trineo... Iba contigo y reclinaba su rubia cabeza sobre tu hombro. Y el trineo volaba, volaba, volaba... Y tras del trineo volaba yo también, sobre un caballo negro como mis pensamientos... Y cuanto más ansiaba daros alcance, para castigar vuestra perfidia, más el trineo se alejaba de mi venganza, y cuanto más abría los ojos para no perderos de vista, más se arremolinaban en torno mío los copos de nieve, cual torbellino de mariposas blancas... ¡Ah, cuánto sufrí! De pronto mi caballo se detuvo y se negó á seguir: eché una mirada á mi alrededor, tratando de descubrir qué era lo que había detenido en su vertiginosa carrera al noble bruto, y ví, junto al camino que seguía, un ángel. Miraba hacia el sitio donde iba desapareciendo el trineo y dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Eché pie á tierra y me acerqué á él.—¿Quién eres, le dije, y por qué sigues con ojos ávidos á ese hombre y á esa mujer?—¿Quién soy? exclamó el ángel, exhalando un triste suspiro; soy un espíritu celeste que ha seguido hasta ahora, por mandato de Dios, los pasos de ese desventurado sobre la tierra... ¡soy su ángel custodio!—¿Su ángel custodio y le dejas solo con *ella?* grité desesperada y mirando en lontananza, donde apenas se distinguía ya el trineo.—Sí, dijo el ángel llorando; le abandono y me vuelvo al cielo con el pesar de no haber podido salvar esa alma confiada á mi custodia. Tú no sabes los sitios que me ha obligado á frecuentar tu marido,—añadió poniéndose de mil colores;—más de una vez he visto manchadas mis alas con el vino de la orgía... ¡Ah! en lugar de ángel de la guarda, lo que necesita tu marido es un par de polizontes. Siguiendo

á la bailarina ha venido hasta las orillas del Neva, sin que le haya acobardado un instante esta temperatura, cuyos rigores desafía impertérrito, tras de la mujer que adora. Tu marido será siempre el mismo en todas las latitudes. Sólo él



ha sido capaz de proyectar este fantástico paseo á través de la estepa y soñar con idilios coronados de nieve, como si esos copos que descienden lentamente del cielo oscuro, fuesen lluvia de rosas blancas arrojadas á su paso por los genios de los amores...—Pero yo no puedo permitir que la bailarina

me robe su corazón, grité con acento desesperado; la justicia amparará mis derechos... ó daré un escándalo.—¿Qué intentas hacer, desdichada? dijo el ángel de la guarda, mirándome con expresión de pena.—Lo que quiero, exclamé, es que la rusa me devuelva mi marido.—Te lo devolverá la rusa y tu marido se arrojará en brazos de otra; en su corazón caben todas las razas y lo mismo le impresiona la dulce sonrisa de las hijas del Norte que los ardientes ojos de las hijas del Mediodía...—O de la media noche, lo sé, observé despechada; pues bien, puesto que no hay esperanza, seguiré la misma senda por donde él se ha extraviado... con la bailarina, y no faltará un ruso, buen mozo, que me vengue de las perfidias de ese monstruo infame. É hice ademán de subir otra vez á caballo.—¡Ah, no! dijo el ángel, rodeando mi cuello con sus brazos y con voz tan dulce que parecía descender del cielo; Dios no quiere que ruedes al abismo á que te empuja el demonio de la venganza.—¿Y para qué quiero mi salvación sin mi marido? murmuré con amargura.—¿Tanto le amas? dijo el ángel custodio con inefable sonrisa.—Sí, contesté con voz opaca, y no sé cómo el fuego de la cólera que arde en mis ojos no ha derretido ya esa tempestad de nieve que oculta bajo sus alas blancas el negro idilio de sus amores...—Pues bien, dijo el ángel de la guarda con expresion de lástima; serena tus hermosos ojos y calma tu inquietud... yo le volveré á tus brazos, aunque no vale seguramente la pena de que pierda el tiempo en custodiar tan mala cabeza... —Y en aquel punto desperté y me encontré á tu lado; pero al inclinar mi cabeza para besarte enamorada, sentí trocarse mi cariño en indignación, al oir en tus labios el nombre de...

—¡Mila!

—¿Eh? ¿todavía tienes el atrevimiento de pronunciar delante de mí el nombre de la rusa? ¡infame!

—Pero, ¿por qué das esos gritos, mujer? me has asustado.

—¡Y lo pregunta!

—Perdóname, hija mía; me había dormido y soñaba... con mi administrador. ¿Conque decías que no crees en mis juramentos? apuesto á que tu tía la solterona es la que te ha

metido en la cabeza esas ideas. La pobre no ha perdonado todavía al género humano el haber quedado soltera. En las largas noches del invierno, sobre todo, es cuando recrudece en ella su odio á los hombres... ¡Es claro! ya no hay primaveras en su alma, ni florecen en ella las ilusiones. En sus juveniles años se vió rodeada de galanes, á quienes desairó creyendo eterno el imperio de su hermosura y dejó que llegara el otoño de su vida, sin ver que sus hechizos iban marchitándose poco á poco, y cuando su corazón quiso abrirse á la vida del amor, se encontró con que sus viejos adoradores se habían casado. Volvió sus angustiados ojos á la juventud, no armada de desdenes, como la rosa de espinas, sino indefensa á sus miradas, y los jóvenes pasaron indiferentes por su lado, en busca de nuevas auroras y primaveras... ¡que ese es, generalmente, el premio que alcanza la que, nacida para el amor, se complace en envenenar la existencia de los que la aman!

—Pues no me parece á mí tan duro el castigo y antes creo que es premio del cielo. Así no se ve burlada en sus más caras afecciones y vive contenta y feliz.

—¡Bah! eso lo dicen todas las casadas; pero, desengáñate, hija mía, las que padecen de doncellez crónica piensan de muy distinta manera. Por eso muchas, de sobra rencorosas, se entretienen en calumniar al hombre... ¡como á mí, verbigracia!

—¡Pobrecito!

—¡Decir que olvido mis deberes conyugales por los amores de las bailarinas! ¿no estoy aquí, al lado tuyo, más enamorado que nunca?

—¡Es claro! ¡con esta noche!...

—Una noche deliciosa para pasarla contigo al amor de la lumbre...

—Y sin embargo, hace poco te has quedado dormido.

—¡Cómo no había de quedarme dormido! creía que dabas comienzo á uno de tus interminables sermones y á las primeras palabras, como de costumbre, me acometió el sueño.

—Y soñabas en cosas más *amenas*, ¿verdad?

—No sé yo que tenga nada de ameno mi administrador.

¡Pobre hombre! ¿sabes que desde que se casó ha cambiado mucho?

—¡Ya lo creo! ¡como que ha cambiado hasta de nombre!

—¿De nombre?

—¿No se llama ahora *Mila?*

—¿Estás loca?

—Al menos ese era el nombre que pronunciabas en sueños... ¡Y no es la primera vez!

—*¿Mi... lá...?* ¡Bah! soñaría que estaba solfeando.

—O que te habías ido á Rusia con la bailarina.

—¡Pero, mujer! ¡vaya unas ganas de hacerme viajar por aquellas heladas regiones en una noche tan fría! ¡Ea! no hablemos más de bailarinas y te juro no volver á dormirme al lado tuyo. ¡Cargue el diablo con todas las beldades coreográficas de la tierra y déjame gozar en paz de tu santo y puro amor, aquí, junto á la lumbre y al grato calor de esas llamas, que se confunden como nuestros pensamientos!

—Pensamientos y llamas que tendrán para tí la misma efímera existencia.

—Te juro...

—¡Lo has jurado tantas veces!

—Pero es que ahora va de veras... ¡Vamos! ¿me perdonas?

—¿Qué más remedio me queda? puesto que todavía me encuentro en la primavera de la juventud, dejaré que sigan floreciendo en mi alma... *las ilusiones.*

CASIMIRO PRIETO.





EL PÁJARO CULPABLE

TRADUCCIÓN LIBRE DE UNA POESÍA FINLANDESA

Orillas del arroyuelo
una niña se ha sentado,
ojos de color de cielo:
ella lava su pañuelo
en lágrimas empapado.

Orillas del arroyuelo,
la niña que se ha sentado
ojos de color de cielo,
lava sus pies, sin recelo,
que el zarzal ha desgarrado.

Al contemplar la corriente
que, murmurando, se aleja,
la niña no sé qué siente...

cruza una nube su frente,
y hay en su labio una queja.

Junto al agua cristalina
un álamo se levanta,
que, por besarla, se inclina:
y en la rama más vecina
un pájaro burlón canta.

—Doncella, dice, doncella,
que enturbias de ese arroyuelo
la corriente mansa y bella;
piensa que el azul del cielo
no se verá más en ella.

Tu pie manchado conmueve
ese límpido fanal:
y aunque es él como la nieve,
piensa que sólo se atreve
un cristal á otro cristal.—

La niña mira al cantor
con ojos que enturbia el llanto,
y le responde:—Traidor,
no te aflijas ahora tanto
con mengua de mi dolor.

Si mi pie á enturbiar se atreve
las aguas de este arroyuelo,
el eclipse será breve...
piensa que también la nieve
refleja el azul del cielo.

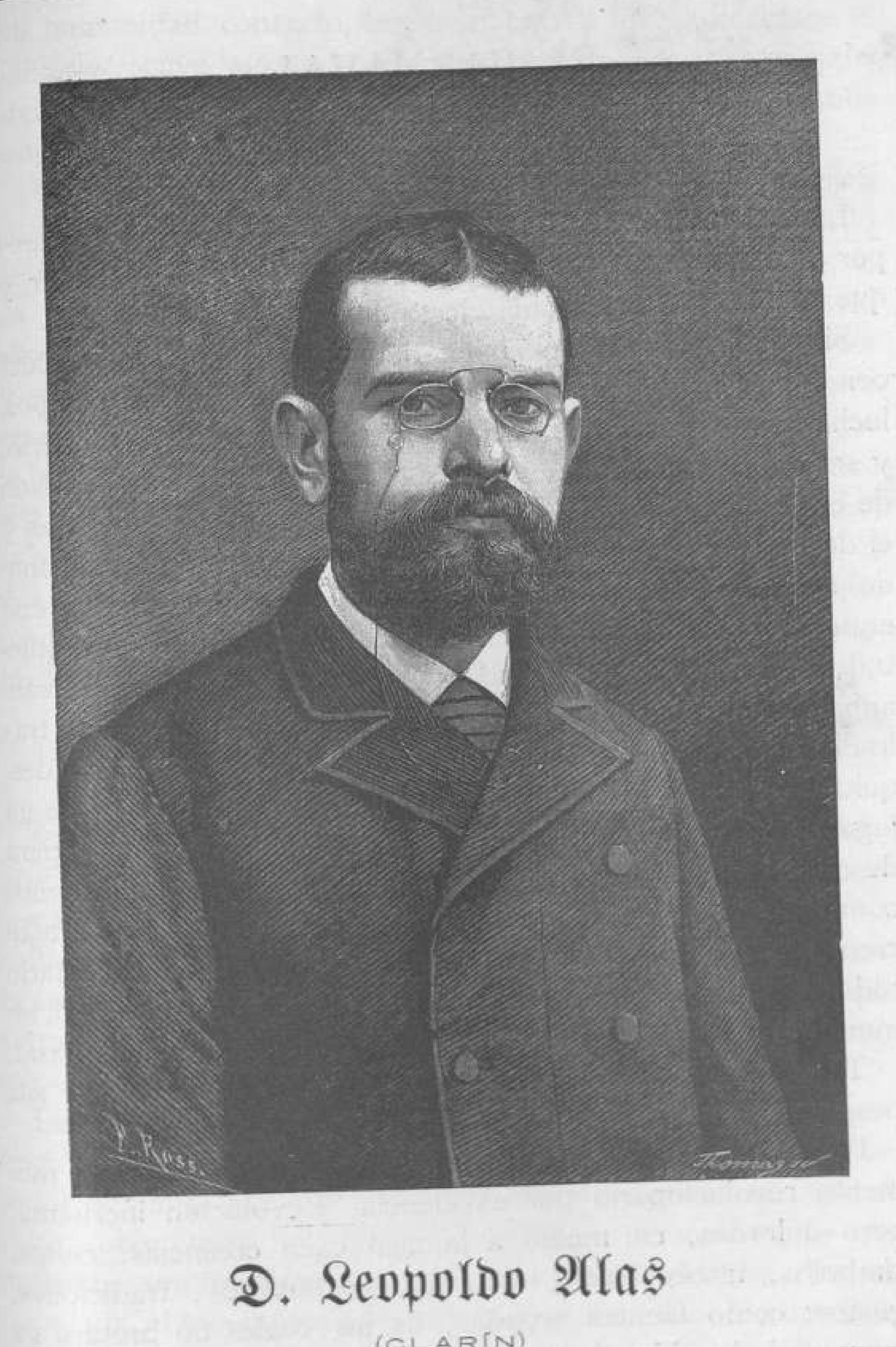
Pero cuando viste un día
que un joven, traidoramente,
de amores me requería,
¿por qué tu pico elocuente
entonces no le decía:

«No enturbies de esa doncella,
sumiéndola en desconsuelo
el alma tranquila y bella;
mira que el azul del cielo
no se verá más en ella?»—

¡Calló la niña, borrando
con sus lágrimas el cieno...
el pájaro huyó, volando,
y el arroyo, murmurando,
corrió más limpio y sereno!

Carlos M. de Egózcue.

Santa Ana de Misiones Argentinas, Agosto de 1889.



D. Leopoldo Alas

(CLARÍN)

EMINENTE LITERATO ESPAÑOL

EL CARNAVAL

I

La sociedad presente será conocida en los tiempos futuros por este mal humor y esta displicencia que le dan carácter, y que constituyen el síntoma cierto de un estado morboso.

Sin duda, con la supresión de las dificultades materiales con que tenían que luchar los hombres de otros tiempos, lucha que les proporcionaba salud á su cuerpo por el ejercicio, y satisfacción á su espíritu por la victoria; con la supresión de estas dificultades, decimos, había de venir la holganza y el decaimiento de la vida física, y el desorden moral resultante de una actividad psíquica desequilibrada é inarmónica con aquélla. De ahí este mal humor incurable; de ahí esta inquietud, esta versatilidad febril que nos niega el reposo; este anhelo, nunca satisfecho, que nos impele constantemente tras lo desconocido, como elemento de deleite para el ánimo desquiciado; esta fuerza insegura que nos mueve sin cesar de un lugar á otro, cruzando valles, transponiendo montañas, para descubrir nuevos horizontes que han de ser tan monótonos como los que hemos abandonado: de ahí, en fin, este afán creciente por removerlo, por subvertirlo, por transformarlo todo; buscando, inútilmente, en las regiones de la realidad, un mundo que responda al mundo que soñó la exaltada fantasía.

Tal es la sociedad presente: Saturno que devora á sus propios hijos.

Por eso se ha llamado al actual momento histórico, el momento revolucionario por excelencia. Revolución incruenta, pero dolorosa, en medio á la cual caen creencias, cultos, símbolos, instituciones, escuelas, costumbres, tradiciones, gustos; como fuentes cegadas, de las cuales no brotara ya manantial de vida alguno para el inquieto y desasosegado espíritu.

Entre las tradiciones que mueren de esas que han prestado

á la humanidad consuelo, esparcimiento ó dicha, cuéntase el *Carnaval*, cuya agonía viene anunciando, con cierta satisfacción lúgubre, en los últimos años, la prensa de ambos mundos.

Hoy que muere, pues que la frase irónica no suena bien ante la tumba, permítasenos que, asunto que ha pasado siempre por baladí, que esta entidad calificada de grotesca, sea tratada con respeto por nosotros. Ya que el Carnaval fallece, ya que el orden recobra su imperio, ya que la inquieta línea de la caricatura toma de nuevo su posición de grave reposo, ya que el eco de la carcajada se extingue y el fulgor de la risa se desvanece, ya que el movimiento espasmódico cesa, ya que la bufonesca mueca abandona el rostro humano, ya que la seriedad inmutable domina el vasto campo de la vida, creemos obrar con lógica al tratar estas cosas que fueron, ó que van á dejar de ser, en el tono y con la modalidad hoy universalmente consagrados.

II

Así como la Religión, el Derecho, la Patria han establecido sus fiestas-cultos, el *Carnaval* no viene á ser otra cosa que la fiesta consagrada á la santa «Alegría.»

Bien analizado, toda fiesta es ridícula; todo culto externo es amanerado y condicional. El culto á la risa debía resultar extraño, grotesco, falto de realidad; pues que la risa misma, sólo á la Naturaleza es dado producirla, jamás al arte.

Tan original y típica, y, si se quiere, antiestética demostración de un estado del ánimo, tenía forzosamente que servir de pauta al culto que se le ha consagrado; ya que el culto, objetividad de subjetivas ideas, personificación de ingénitos sentimientos, es simbólico ante todo. La risa, la carcajada, el movimiento desordenado y convulso, la contraída faz, producto de este estado psíquico, la alegría, en su período de crisis, al formar el ritual del culto, había de producir la caricatura.

Pero no cabe desconocer que toda facultad se desenvuelve

por el ejercicio, y que todo culto alimenta y nutre al propio sentimiento que le dió vida. Las demostraciones del placer excitan el placer mismo. La risa es contagiosa; la dicha es comunicativa; y conviene agitar ese éter misterioso de que está saturado el espíritu humano, para que la vida aparezca envuelta en luz. La risa es una irradiación.

La posesión del contentamiento es el desiderátum del progreso humano en el orden moral. Se remueven obstáculos, se disipan sombras, se abren rutas; pero todo esfuerzo se encamina necesariamente á aquel fin.

No sé por qué, sin embargo, á medida que el tiempo pasa y que la humanidad avanza, la tristeza, la honda y negra tristeza, se extiende sobre el horizonte de la vida.

III

Es indudable que esta fiesta, convencional y periódica, ha tomado, de las antiguas fiestas gentílicas, parte de su ceremonial; pero no debe, no puede establecerse solidaridad alguna entre ella y los votos orgiásquicos conocidos por las Saturnales ó las Lupercales, ni por el principio que las informa, ni por la forma externa que las caracteriza. No es el culto á la fecundidad, al principio de la renovación y de la vida universal: es el culto al placer, sentido y expresado con arreglo al progreso de los tiempos.

No son suyas, no, las orgías báquicas. No son suyos aquellos torpes y vergonzosos espectáculos, producidos por la embriaguez de los sentidos y la anarquía de las pasiones, de continuo excitadas á merced de un falso concepto del placer, de la carencia de elemento ético y del desconocimiento de las leyes fisiológicas; espectáculos en que se envilecía el alma, se cegaban las fuentes de la vida y se producía la degeneración del hombre.

Por lo demás, la *máscara* misma, su más típico distintivo actual, fué tomada también, sin duda alguna, del antiguo teatro griego; y desempeña aún, en parte, el papel que le dió origen; presentando como petrificados, en faz inerte, los inter-

nos movimientos del ánimo. La máscara carnavalesca es uniformemente alegre: la máscara trágica no ha transpuesto los umbrales del teatro. Hoy subsiste aquélla, sin embargo, como simbolismo tan sólo. Como medio de expresión sería un anacronismo. El *Carnaval* es un hombre que ríe.

Encarna otra idea la máscara carnavalesca, ó, más propiamente, el antifaz moderno: el misterio, como elemento de deleite moral; lo incógnito, lo velado; el enigma, que despierta la atención y la curiosidad, provoca el esfuerzo adivinativo y excita la imaginación de grato modo.

Simboliza más; simboliza el imperio de la verdad; la suspensión de ese estado tiránico llamado «convencionalismo social,» que ahoga el sentimiento y vela el juicio. La fina tela que se interpone entre vuestro rostro y los ojos de vuestro interlocutor, parece que tuviera un espesor inmenso, y os alienta, de misterioso modo, á pensar de él en voz alta. El alma se transparenta, toda entera, al través del antifaz. En rigor, el verdadero Carnaval lo constituye este estado ordinario de la vida colectiva, caracterizado con el nombre de «conveniencias sociales;» y el llamado *reinado de la locura,* sin duda porque encarna un principio subversivo, no es más que la consagración de la fuerza expansiva del pensamiento y el sentimiento humanos.

La máscara es un signo de redención.

IV

Hay en toda religión falsos sacerdotes, en todo cuadro sombras, y en el proceso de todo principio sano y de toda idea buena, accidentes desconsoladores.

Esfuerzo inútil sería pretender ocultar que, la historia de esta risueña entidad que hoy declina, presenta páginas tristes y sombrías.

Forzoso es confesar que, la máscara, ha sido profanada. Ella ha encubierto el vicio, ha sido el escudo del crimen, y testigo de dolores, lágrimas y sangre.—¿Cabe desconocer, por eso, que lo fué también de los votos de amor cambiados entre miles de almas juveniles? ¿Hay, al presente, corazón alguno

que no vea en el antifaz, el emblema de su dicha? ¿No lleva él, aún, como el lienzo bíblico, estampada la imagen de un rostro adorado? ¿No simboliza la redención de tanta honda y noble pasión que ha sufrido largo cautiverio? ¿No es verdad que, al través de sus flexibles y ondulantes pliegues, más de una vez ha forjado, la exaltada fantasía, bellezas increadas?

La noche, con su cielo estrellado, con sus vagos rumores, con sus cuerpos de indecisas formas, con su hálito de infinita melancolía, con sus sombras, con su honda quietud, es la bien-amada de las almas poéticas y soñadoras; pero es también el refugio de los malvados. Ella ofrece encantos á los poetas, y muestra el cielo, como un libro abierto, á los astrónomos; pero ofrece también asilo al criminal é impunidad al crimen. Es el mundo de los misterios; pero lo es también de las alimañas.

Cada cosa, cada idea, cada institución, se convierte en instrumento de índole distinta, según el agente que lo maneja y el fin á que se destina.

Al amparo de esa libertad temporal que forma la característica de la fiesta que estudiamos, muchos excesos se han cometido, muchos actos vergonzosos la han manchado; actos que, á señalar un principio en los esparcimientos humanos, habría que condenar, por falso, el concepto de nuestra superioridad moral. Pero, en cambio, ¡cuántos días claros, cuántos días hermosos, cuántos días de regocijo ha proporcionado al espíritu humano, tan trabajado siempre por los mil elementos que lo entristecen y lo aquejan!

En los pueblos más cultos, en los centros más populosos y civilizados, París, Roma, Venecia ¡Venecia, sobre todo! se han celebrado estas fiestas, trayendo á ellas cuanto contingente estético puede proporcionar la Naturaleza y el arte.

El Carnaval de Venecia, solo, salva la combatida tradición. El genio del placer, del placer sano, del placer que ahuyenta el crimen y aleja la muerte, ha desplegado allí de prodigioso modo sus esplendores.

El cielo, con sus tintas suaves y su clara luz; el mar, con sus reverberaciones y sus cambiantes; la brisa, cargada de ecos y de aromas; el arte con sus combinaciones de color, de

formas, de armonías; el entusiasmo de todo un pueblo dominando el cuadro: tal es aquella fiesta. El Carnaval debía encontrar en este pueblo su mejor intérprete. Es un pueblo alegre, sensible, artista, bello, con la conciencia de su belleza, revelada, todos los días, en el permanente cristal de sus calles.

Los hombres y las cosas, la Naturaleza y el arte; las poéticas góndolas que surcan los canales por donde circulan, como raudal de vida, las aguas del Adriático, tripuladas por vistosas comparsas; las músicas que esparcen sus ecos sobre las murmurantes ondas, la temblorosa luz de las antorchas que riela en ellas, los altos balcones cubiertos de ricos tapices, adornados de flores y rebosantes de hermosas cabezas femeninas, semejantes á nidos de hadas suspensos en el espacio; artísticos atavíos, banderas que aletean por todas partes, la sonrisa en todos los rostros; el dicho alegre y galante en todos los labios; por doquiera el aplauso; todo, todo se asocia, todo trabaja, todo presta su acción á la obra del contentamiento humano. Los sentidos, todos los sentidos, liban allí el placer, y el alma se desvanece entre rompientes de luz.

El Carnaval de Venecia ha inspirado ya obras de arte imperecederas.

Concluyamos.

Hemos dicho que el Carnaval es el culto al placer, sentido y expresado con arreglo al progreso de los tiempos.

Debe él seguir la ley de todas las instituciones humanas: el movimiento, la evolución. Condenamos la inmutabilidad del dogma, que petrifica las instituciones seculares.

Hágase de él una expresión adecuada á nuestro actual modo de sentir; pero creemos que, nuestra enfática gravedad, no es incompatible con su existencia.

Y, si ha de morir, piénsese que no se debe dejar el altar vacío. Y piénsese, por último, que no es justo dedicarle, como prez, si muere, el acento irónico, ya que pocos hay, en la hora presente, que no le deban algún momento de felicidad.

MANUEL A. BARES.

Mercedes, Junio de 1891.

DESDE LEJOS

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA MARÍA ENCARNACIÓN CAMOGLI

EN CORRIENTES

No te sorprendas;
el rumor de alas
que de improviso
suena en tu estancia,
no es el del cuervo
de la desgracia,
¡es el del ave
de la esperanza!
Son las festivas
notas de mi arpa
que en ronda llegan
á tu morada.
Ellas tendieron
las alas blandas,
rumor de espumas
llevan del Plata
y allá, en las Talas,
cuando en bandada
sobre los vientos
raudas cruzaban,
les habrán dado
llanto las auras,
la flor del aire
perfume y gracia,
la del ceíbo
color y magia
y hasta su encanto
las pasionarias,
los arazaes
y las retamas.
Van presurosas
hacia tu casa
porque han querido
decirte:—¡Hermana,
gentil y esbelta
como las palmas,
buena y hermosa
como las hadas!

En tu risueña
boca de grana,
nido de arrullos
y de plegarias,
libar queremos,
porque nos falta,
la miel hiblea
de tus palabras!
Y dore el polvo
de nuestras alas,
que el cielo ansían
de tus miradas,
la lluvia de oro
que el sol derrama
de tus cabellos
en la cascada.
¿No oyes rumores
á la distancia,
besos callados,
notas lejanas;
algo que alegre
suena en las ramas
como el arrullo
de las calandrias,
de los boyeros
y las torcazas?
¡Somos nosotras,
trémulas, vagas,
en tus oídos
aprisionadas!
No nos olvides,
¡oh tú, que encantas
las correntinas
amadas playas!
Y así, sin sombras,
serena y clara,
fresco arroyuelo
de limpias aguas;
viendo que siempre
las dichas bajan
como una lluvia
de rosas blancas
sobre tu hermosa
frente de nácar,
sea tu vida
risueña y plácida
como una aurora

de las de Salta,
como un ensueño
de los de tu alma!

Moisés Numa Castellanos.

Buenos Aires, 1891.

A ELLA

Reales son mis amores.
Villamediana.

Es rica y es hermosa, mas pasa ya de adulta
y téngola por vieja, si bien la edad se oculta,
y aun creo que su padre el Padre Eterno fué;
pero ¡qué importa!... la amo: en ella mi cariño,
lo mismo que en mi madre, he puesto desde niño,
y sé que suspirando por ella moriré.

Un tiempo, al separarnos, temía que la ausencia
en mí causara olvido, pues diz que la experiencia
en lides amorosas la vida dió al refrán;
mas ¡cuán ajeno entonces de la verdad me vía!
¡cuán lejos, ay, estaba de sospechar que un día
de amargas añoranzas rindiérame el afán!

Y así es, y cada noche cuando me abate el sueño,
mi emancipado espíritu, de su albedrío dueño,
ansioso cruza y férvido el anchuroso mar;
y júntase con ella, y con delicia aspira
su aliento perfumado, que adoración inspira,
y escucha preso de éxtasis su plácido cantar,

compuesto de zortzicos, cerdanas y rondeñas,
y tiernas soledades y gratas malagueñas,
muñeiras, y manchegas y jotas de Aragón:
canciones deleitables y dulces armonías,
que encierran en compendio las patrias alegrías,
con las que luego el alma me arrulla el corazón.

Y al despertar y al verme tan solo y lejos de ella,
á Dios, contra mi suerte, renuevo la querella
y el juramento que hice, allá en mi mocedad;
pues quiero que ella sea quien cierre al fin mis ojos,
la madre cariñosa que guarde mis despojos,
porque ella es ¡ay! mi España, mi reina, mi beldad.

José María Oller.

Buenos Aires, Julio 1891.



Pedro Mascagni

MAESTRO COMPOSITOR ITALIANO

PEDRO MASCAGNI

El público que en la noche del 17 de Mayo de 1890 se encontraba en el teatro Constanzi de Roma presenció, á un tiempo, el éxito de una obra y la aparición de una nombradía en el mundo del arte musical, que fué glosada y conmemorada en todos los tonos, escribiéndose en dos semanas sobre Mascagni, el artista nacido de repente á la celebridad, y sobre la *Cavalleria rusticana*, la ópera aplaudida en el referido teatro, más artículos encomiásticos y laudatorios que sobre Rossini y Verdi en dos años del principio de la carrera artística de ambos celebérrimos maestros.

Preconizar á Mascagni como el sucesor artístico de los más brillantes luminares del arte, ha conducido á extremos que pueden influir en el porvenir y en la ineficacia de su primera manifestación en la vida del arte: hablar brevemente del autor y exponer los hechos de su carrera artística, aguardando que sean encumbrados por otras y otras batallas del arte ganadas en buena lid, es gratísima materia de momento en que ocuparse llenando el objeto de estos apuntes biográficos.

Ya desde este momento y hora todo el mundo sabe que Pedro Mascagni es hijo de un panadero de Liorna; que halló grandes dificultades para dedicarse á la música; que recibió muy limitada enseñanza, primeramente de Pratesi y de Soffredini, en Liorna, y, después, de Saladino, en el Conservatorio de Milán, en donde cursó dos años, subvencionado por el conde de Larderel, pero sin terminar los cursos reglamentarios.

Anduvo errante por varias ciudades de Italia, puesto al frente de la dirección de modestas compañías de opereta, que una después de otra desaparecían á poco de anunciarse en los carteles, hasta que, tres años después de llevar una vida artística tan expuesta á toda clase de contratiempos, aceptó

la plaza de maestro ó director de la banda municipal de música de Cerignola, modesta población situada entre Foggia y Bari.

El editor milanés Sonzogno, propietario de *Il Secolo* y de otros importantísimos periódicos de Italia, empresario, al mismo tiempo, quiso hacer una tentativa para alentar á los compositores jóvenes, y en 1886 publicó las bases de un certamen musical, digno de elogio por su objeto y por la manera práctica como se realizó y llevó á buen término. Excluyó de la liza, con muy buen acuerdo, á todo compositor del cual se hubiese ya estrenado una ópera, en público ó en privado, y dispuso que el fallo de un jurado compuesto de maestros, nombrado al efecto, fuese confirmado por otro jurado de no escasa competencia, el público del teatro Constanzi, que á la sazón corría á cargo del aludido editor y empresario Sonzogno. La ópera debía constar de un solo acto. Setenta y tres fueron las presentadas, de las cuales fueron premiadas tres, una para cada premio, por el orden siguiente: *Rudello*, de Vicente Ferroni, discípulo de los maestros franceses, Savard y Massenet: *Labilia*, de Nicolás Spinelli, discípulo de Serao, maestro del Conservatorio de Nápoles, y *Cavalleria rusticana*, de nuestro biografiado.

Ferroni, buen contrapuntista, estuvo desgraciado en la elección de asunto, que en la concepción de su obra no le dejó moverse con holgura ni pudo hacerle lucir sus grandes conocimientos en la técnica del arte: por todas estas causas su ópera no obtuvo el sufragio del público.

Spinelli, alcanzó calurosos aplausos, y fueron de notar en la representación de su ópera grandes cualidades de fluidez melódica, mucha elegancia y facilidad en la armonización y tino en la parte instrumental. Conoce el autor de *Labilia* las exigencias del melodrama moderno y sabe acentuar el diseño general de la acción por medio de cierta discreta firmeza, llena de relieve.

Noticioso del concurso dos meses antes de la espiración del término, decidió Mascagni tentar la prueba, obteniendo de dos amigos liorneses, Targioni-Tozzeti y Menasci, el

libreto de *Cavalleria rusticana*, modelado sobre las conocidas y populares escenas del celebrado poeta Verga.

La fortuna sonrió, verdaderamente, á Mascagni desde el momento en que la casualidad le deparó colaboradores literarios tan inteligentes como los citados autores liorneses, los cuales no echaron á perder, alterando las posiciones, el atrevido y apasionado drama de Verga: la fortuna de Mascagni puede decirse que data de la elección de un asunto tan dramáticamente musical y de la buena suerte de hallar quien supiese reducirlo con la mayor exactitud y con gran parsimonia de versos.

Entre los colaboradores de Mascagni, el editor y Verga, el autor del drama, del cual entresacaron los citados colaboradores el libreto de la ópera, media en la actualidad un ruidoso proceso que ha sido sentenciado en contra de Mascagni y su editor y del cual se han apelado. Es de presumir que el pleito dará todavía mucho que hablar.

La ópera de Mascagni, sin entrar en averiguaciones y comentarios técnicos que nos conducirían muy lejos, ha alcanzado desbordados éxitos en unas partes y en otras poco favor; sea como quiera, y gracias á la infalibilidad de ciertos medios que hoy ponen en práctica los editores y los empresarios, la ópera ha corrido por casi toda Europa y parte de las naciones de América con vertiginosa rapidez.

La fortuna alcanzada por la ópera de Mascagni sugirió al editor Pigna la idea de exhumar algunas composiciones de menor importancia, anteriores á la *Cavalleria*. Entre estas figura una colección de seis melodías para canto y piano con los siguientes títulos: 1.ª *La tua stella* (texto de Fiorentino); 2.ª *Alla luna;* 3.ª *Pene d' amore* (poesía de Ghislanzoni); 4.ª *Rosa*, escrita sobre algunas estrofas de Pagliara; 5.ª *Risveglio*, y 6.ª *Non m' ama!* Sin el éxito de *Cavalleria* puede asegurarse que esta serie de composiciones habría estado durmiendo muchos años en el cajón de manuscritos del editor.

No ha sido muy afortunado Mascagni en su segunda tentativa artística realizada con motivo de las fiestas conmemo-

rativas de erección de la catedral de Orvieto, recientemente celebradas. Bien es verdad que tenía que competir con composiciones de tan elevado vuelo como la *Misa* de Palestrina, llamada del papa Marcelo, y la de *Requiem* de Verdi. La falta de estudios técnicos, quizá, explique el semifracaso experimentado por la *Misa* de Mascagni, ejecutada durante las fiestas aludidas, colocada con no buen consejo entre las de Palestrina y Verdi.

Trátase, ahora, de averiguar (ya se habrá averiguado cuando estas líneas vean la luz pública) si el público confirma los vaticinios hechos á la aparición de *Cavalleria rusticana*, cuando se represente la segunda ópera que se halla componiendo en la actualidad el festejado joven maestro italiano.

Intitúlase ésta *L' amico Fritz*, asunto inspirado en la celebrada novela de Erckmann y Chatrian. Constará de tres actos precedidos de un prólogo sinfónico y de dos breves preludios destinados al segundo y tercer acto. Está escrita para *soprano*, *mezzo soprano*, tenor, barítono y algunas partes secundarias. Será, en fin, según noticias publicadas por algunos periódicos de Italia, de facilísima *mezza in scena* y estará dispuesta para representarse durante la temporada teatral de 1891-92.

Que la suerte sea propicia al joven maestro italiano.

FELIPE PEDRELL.

FACES DE LA LUNA DE MIEL

—Besando he visto á Daniel
á la voluble Sofía;
¡cómo es eso! ¿todavía
dura la luna de miel?
—Hombre, sí; al menos para él,
que es, en su afecto, constante,
aunque al brillar rutilante
sobre su dichosa frente,
diga más de un maldiciente
que está ya en *cuarto menguante*.

CASIMIRO PRIETO.

EN LA ESQUINA



—Ahí va tu ex querida Sara;
comprendo que se inflamara
tu amante pecho por ella;
no ví una cara más bella.
—Ni yo una bella más cara.

INVIERNO

Viste un tono morado el agua fría,
y á su espejo, la rama desgajada
se asoma como imagen descarnada
que galas tuvo y esplendor un día.
Yace la tierra estéril y sombría
en su tumba de nieve amortajada,
y en la gruta de genios habitada
se refugió la bella poesía.
Allí los cuentos del hogar hilando,
entre arcadas y grietas del averno
los fantasmas del miedo van pasando.
Y allí está el agua con su son eterno
con golpe misterioso cincelando
la imagen tenebrosa del Invierno.

SALVADOR RUEDA

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Carlos Roxlo

DISTINGUIDO POETA URUGUAYO

TÁCITO

De sus viejas virtudes olvidada
Roma en los brazos del placer dormía,
como vestal cobarde, profanada
sobre el muelle triclinio de la orgía.
El águila sombría
que cruzó vencedora los desiertos
á la pálida lumbre de la luna,
y en la diadema de los reyes muertos
dejó escrito su salve á la fortuna;

El águila caudal, cuya arrogancia
se templó en las corrientes del estrago,
sin miedo al heroísmo de Numancia
y sin miedo á las naves de Cartago;
la que surcó el aciago
mar de Cantabria en horas de ventura,
viendo el deleite que carcome á Roma,
sobre el trono de Augusto se desplcma
con nostalgias de luz y hambres de altura.

¡Derrumbe colosal! La virgen fiera
que adoró la virtud republicana,
y de Corinto con la roja hoguera
veló el azul de la extensión lejana,
su púrpura liviana
entreteje con mirtos y con vides,
se abandona sonriendo á los histriones,
y saciada de triunfos en las lides
en las thermas se sacia de pasiones.

¡Derrumbe colosal! La que señora
se despertó del universo un día,
juntando los dominios de la aurora
con los dominios de la niebla fría,
gimiendo de alegría
entre los torpes brazos del imperio,
saturada de Chipre hasta los ojos,
¡quema feliz del mundo los despojos
para aromar las noches de Tiberio!

No es ya la Roma que bebiendo ideas
recorrió los helénicos jardines;
hoy de Nerón prefiere los festines
iluminados con humanas teas:
sus armas ciclopeas

colgó en la soledad del espolario,
y cuando empuña la homicida lanza
¡es para herir al Dios de la esperanza
que agoniza en las cumbres del Calvario!

De la Vénus lasciva el culto impío
llena su corazon, su frente enloda,
y es su plegaria la canción de boda
que al fauno arrulla bajo el bosque umbrío;
su heroico poderío
muere sin fe, sin majestad, sin riego,
y al acorde del dáctilo liviano,
cae devorada por el mismo fuego
que aún consume á Pompeya y Herculano!

Entonces como un látigo celeste
sobre aquella bacante sacudido,
que arrancando jirones de su veste
deja en su espalda un surco enrojecido,
como un haz desprendido
del huracán de llamas de Sodoma
el dedo de las furias infernales
escribe con centellas tus «Anales»
sobre la frente de la torpe Roma.

¡Castiga, vengador! Las nubes llenas
se desgarren al fin en maldiciones
sobre ese pueblo impúdico de histriones
que con rosas matiza sus cadenas;
del circo las arenas
con los alientos de Medusa lava,
y amenacen las hidras de tu mano
á los que el lloro de la patria esclava
beben en los festines de un tirano!

CARLOS ROXLO.

Buenos Aires, Junio de 1891.

CONÓCETE A TÍ MISMO

DOLORA

A fuerza de burlar y ser burlado
se adquiere este secreto:
que el hombre es un perfecto condenado
y la mujer un ángel incompleto.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LA MÚSICA

(FRAGMENTO DE UNA CARTA)

En las poéticas márgenes del Rhin, el río sagrado de la Alemania, corre una leyenda encantadora, nacida en el espíritu de un poeta, en un momento de éxtasis.

Helada, desgarrado el corazón, rojos los párpados, una madre se encuentra reclinada sobre la cuna de su pequeña hija, muerta ya.

Se halla en una choza solitaria, abandonada en medio de un desierto de hielo; por la entreabierta ventana entran pequeños copos de nieve que van á azotar el inmóvil rostro de la madre.

La rubia criatura ha cerrado ya sus ojos azules; sus manecitas penden yertas, y el sonrosado color de sus frescas mejillas ha desaparecido ante la intensa palidez de la muerte.

El viento silba fuera; los árboles gimen y las aves nocturnas huyen despavoridas, lanzando su quejido lastimero.

La Naturaleza entera parece sollozar, y el sufrimiento infinito de esa pobre madre semeja una nota perdida del colosal canto del dolor.

Ante el cadáver de su hija, ya no reza la madre desgraciada. ¡Cuántas veces ha llamado á Dios! ¡Cuántas quedó sola, triste y abandonada!

Ahora pide la muerte, el olvido; su alma empieza á confundirse y el agitado espíritu comienza á entrever las visiones pasajeras de los sueños.

De pronto, la tierra se ilumina; la nieve que cubre los árboles se transforma en el rosado tinte del último rayo de sol á la caída de la tarde; los vientos callan, un suave calor templa la atmósfera, y por fin llega á los oídos de la extática madre, una armonía divina, trayendo entre sus ondas el timbre de una voz angelical.

El dolor ha desaparecido, y la frente, há poco cargada de las nubes del sufrimiento, irradia esplendorosa. Y la música celestial, tenue, deliciosa, suave como el murmullo de las alas de un ave atravesando los aires, viene á infundir la paz y la esperanza en el alma de la doliente madre.

El Universo se ha borrado para ella: tiende anhelante el oído, se arrastra hacia el mágico canto y en el éxtasis divino, cae sobre el cuerpo de la muerta criatura!...

¡Y el primer albor de la mañana alumbra dos cadáveres!

¡Oh! en esa dulce leyenda está la apoteosis de la música.

No hay dolor sobre la tierra, no hay amargura, que no se disipe fugazmente, cuando se hunde la cabeza entre las manos y se oye una melodía melancólica cantada por una mujer de corazón.

El espíritu abandona el mundo y bajo la influencia del canto, parece entrever un pedazo del cielo. Se sueña, se habla con esos mentidos fantasmas que pueblan la imaginación en los delirios de la noche.

La música, para las almas que saben gozarla, para las que comprenden el tesoro inagotable de sensaciones exquisitas que encierra, es una necesidad absoluta.

Hay plantas que mueren cuando falta un rayo de sol que caliente sus hojas heladas; hay insectos que viven de la gota de rocío que cae del cielo.

Así, para los espíritus delicados, la música es una imprescindible necesidad, es el alimento intelectual, es el rayo de sol de la planta...

Escribo en este momento, contemplando cuatro retratos que penden de las paredes de mi cuarto, y que parecen mirarse con la simpatía del genio.

Son cuatro maestros.

Tres de ellos han pasado ya sobre la tierra, y á la manera de un rayo de luz, se han extinguido.

El otro, aún se agita entre los hombres.

Bellini, el espíritu ideal, el ángel humano, destaca su bello y armonioso rostro, animado de la inspiración celeste.

Le miro y los cantos de *Norma* murmuran en mi alma; la

Sonámbula, como una mágica visión, pasa por mi espíritu y creo entrever la vaga figura de Beatriz.

Bellini no era un cantor del mundo; su música tenía algo de vaporoso y aéreo, propio de esas melodías místicas que las concepciones religiosas imaginan en los cielos.

Fué un astro que irradió un instante y se hundió en las tinieblas.

Brillaste y te perdiste,
En la noche de paz, meteoro triste!

Luego vienen Rossini, el maestro, el jefe, el creador; Verdi, el de la inspiración enérgica, y Donizetti el... padre de *Lucía*, *Lucrezia* y *Favorita*.

Amo á Donizetti sobre todos los maestros italianos. Su espíritu es simpático al mío.

Otros prefieren la pasión fogosa, el grito incoherente de Verdi; necesitan sensaciones violentas y ásperas y su sentimiento se armoniza fácilmente con el estilo enérgico del autor de *Macbeth*.

Los amantes de la forma se encantan con Rossini, y sus obras, artísticamente completas, especie de vasos cincelados por una mano maestra, preciosas filigranas, música tejida como el aire de Horacio, le son predilectas.

Son los cariños individuales que no responden más que al gusto propio, formado por el temperamento, por un recuerdo querido que viene siempre ligado á tal ó cual trozo musical.

A este propósito, recuerdo que tú me contabas que aún conservas en la memoria un aire campestre, oído en una noche feliz para tí. Que bastaba que lo tarareases en tus momentos de desesperanza, para que vinieran, como un perfumado recuerdo, las horas inolvidables de la juventud trayendo la calma á tu espíritu. Para tí la música de Meyerbeer, Gounod, Mozart ó los italianos era pálida y descolorida al lado de esa sencilla y primitiva canción.

. . . .

Lo repito, amo á Donizetti sobre todos los maestros italianos; pero si bien Italia es para mí la tierra bendita de la

inspiración; si el nombre de ese suelo que ha fatigado la historia, reina absoluto en la región del arte, tengo allá en el fondo del alma, un cariño más grande, una adoración más intensa. Miembro de la raza latina, siento en mi espíritu un profundo desconsuelo: quisiera que los hombres que venero, hubieran todos pertenecido á la gran familia de la raza de mis padres, como quisiéramos que todos los astros bellos del cielo se reunieran para brillar en el firmamento de la patria.

¡Y mis dioses humanos se llaman Meyerbeer, Shakespeare, Miguel Angel, Gounod y Byron! ¡Sólo dos latinos!

Donde hablan ellos, todo calla á mi espíritu.

La poderosa inspiración de esos atletas parece una luz intensa que irradiando de pronto, destruyera el efecto encantador de los cambiantes caprichosos del horizonte en una tarde de verano.

Bellini amaba como deben amar los ángeles, y los hijos de su espíritu pasan siempre rozando la tierra; pero los de Gounod aman como quisieran amar los ángeles.

Y si el pensamiento pide su parte en el festín, si el alma necesita sacudimientos tremendos, al lado de delicias serenas, la figura de Meyerbeer se destaca grandiosa como la imagen del profeta Elías en el cuadro soberbio del Buonarrotti.

. . . .

MIGUEL CANÉ.

EPIGRAMA

Al mostrarme don Gabino
su jardín, el otro día,
me dijo que en él había
hasta un surtidor de vino.
Miré en torno mío, absorto,
y comprendí que era cierto,
a ver en él á Ruperto,
que es quien le *surte* de Oporto.

EL NUEVO CONVIDADO DE PIEDRA



—¿Por qué estás ahí sin chistar
y hecho una estatua, Gregorio?
—Por si viene algún Tenorio
que me convide á cenar.

TU NOMBRE

Soñé contigo en dulce desvarío,
y despierta á los rayos matinales,
escribí con el dedo en los cristales
tu nombre sobre gotas de rocío.

Y al desgarrar el congelado velo
á la lumbre del sol vi, cielo mío,
que era tu nombre azul el mismo cielo.

BLANCA DE LOS RÍOS.

Lima, 1891.



DAVID D'ANGERS Y SU MAESTRO

En pobre bohardilla
á la luz de una vela que mal brilla
absorto en su trabajo se ve á un mozo,
casi un niño. Radiar sobre su frente
del genio el rayo ardiente
se ve, y la obra en su faz exalta el gozo.

Vacila, titubea;
esculpiendo figuras á su idea
modela la columna de Trajano;
y de esa épica historia
oye el himno que en ráfagas de gloria
vació en el bronce el ideal romano.

Apenas del artista,
un trozo tiene el aprendiz copista
y en él se admira todo el monumento.
Esculpe sus difíciles figuras,
traza sus esculturas,
lo alza entero en su propio pensamiento.

Y de cuántos prodigios
se marcan los bellísimos vestigios,

de un arte nuevo, sueños de arrogancia.
¡Ideales modernos!
¡Él fundirá en el bronce otros eternos
que el mundo antiguo envidiará á la Francia!

Mas tocan á su puerta
y de sus sueños la visión despierta
y David se alza y tiembla de zozobra.
Y como de una falta avergonzado
echa el modelo á un lado
y en un rincón oscuro oculta la obra.

Mas, ¿quién tan á deshora
llega? Es su maestro, quien al verlo llora
y lo estrecha á sus brazos con cariño.
—Trabaja, estudia, exclama, ya eres hombre;
gana, David, el nombre
que así empiezas á honrar siendo tan niño!

Y de Francia en la historia
no hubo un artista de más pura gloria
ni tan bella cual la obra de su mano.
Podría estar su vida
en inmortales bronces esculpida,
mejor que en su espiral la de Trajano.

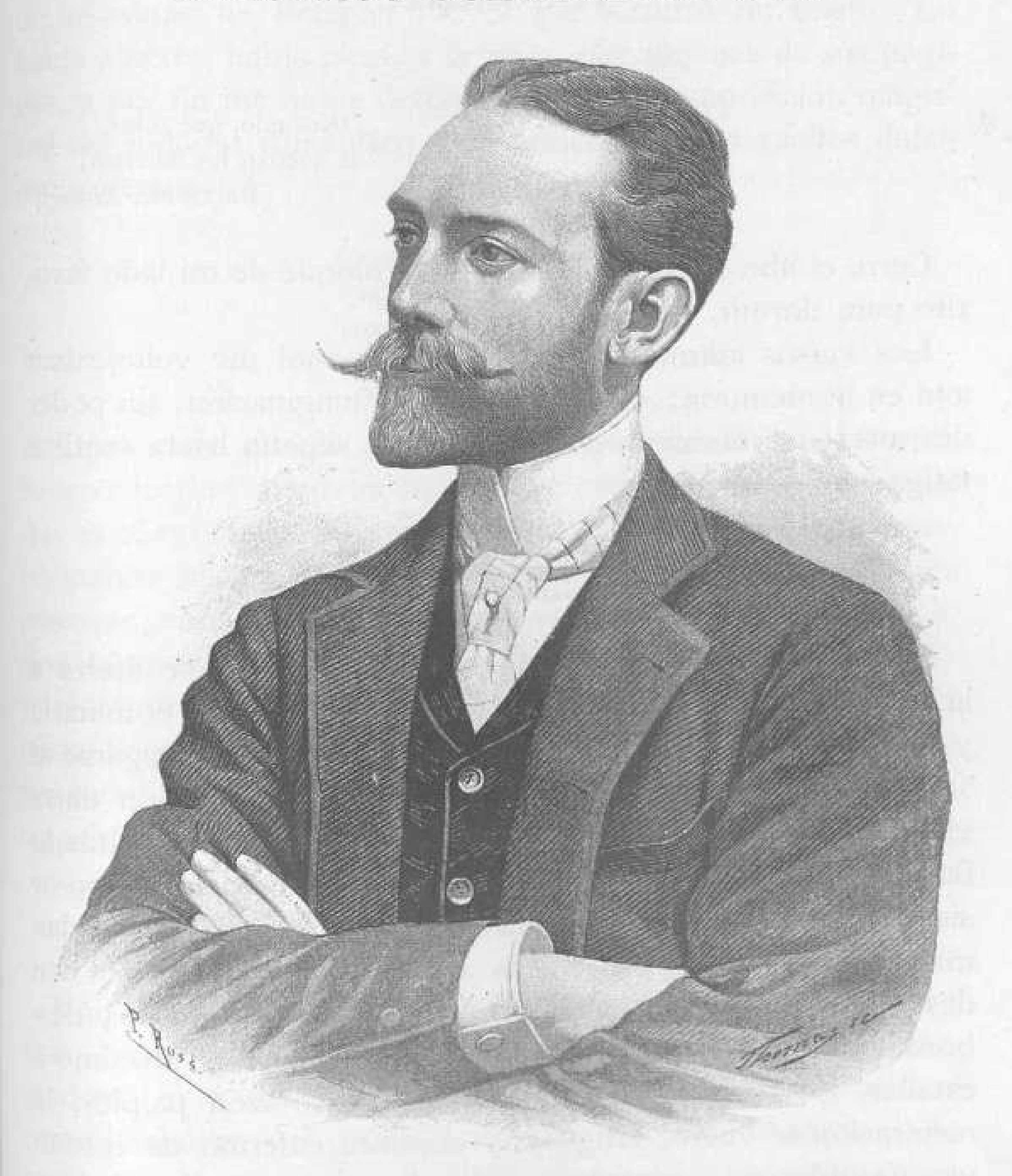
Guillermo Matta.

RÍE QUE RÍE

Ríe que ríe; la rosa
en el capullo plegada,
se asoma, leve, riendo
por el botón de esmeralda.
Ríe que ríe; en el lirio
vierte la risa sus gracias,
y de la flor las despliega
sobre la copa morada.
Ríe que ríe; en el vivo
clavel de encendidas llamas
revienta alegre la risa
en explosiones de grana.
Ríe que ríe, y mirando
bogar á dos por las aguas...
suelta su risa á torrentes
la boca de la granada.

Salvador Rueda.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Alberto del Solar

DISTINGUIDO NOVELISTA CHILENO

INSOMNIO

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!
(BECQUER, *Rimas*).

Cerré el libro, apagué la luz y me coloqué de mi lado favorito para dormir.

Los versos admirables del poeta español me voltejeaban aún en la memoria, de modo que mi imaginación, sin poder descansar un momento, los repetía y repetía hasta sentirse fatigada:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!...

Nada hay tan rebelde como una idea cuando se aferra á la mente. La voluntad más vigorosa no basta para dominarla y arrojarla de allí. De noche, sobre todo al entregarse al sueño, y cuando, buscando el momento de transición entre el velar y el dormir, el cerebro excitado se va exaltando bajo una fuerza nerviosa que le agita y le hace pensar, pensar siempre, pensar aún, multiplicando las imágenes que le dan materia de trabajo, esas ideas se desarrollan y suceden con desesperante rapidez, se confunden, crecen, atropellan y desbordan, hasta que el cráneo se siente repleto y próximo á estallar, los párpados se entreabren, el corazón palpita, la respiración se vuelve fatigosa, y el pobre enfermo de insomnio, tembloroso, jadeante, medio loco, se revuelca furioso en la cama deshecha y húmeda con el sudor que empapa su cuerpo febricitante.

Aquella noche, noche de verano serena y apacible, un calor sofocante me había hecho abrir las ventanas de mi cuarto para dejar penetrar por ellas el aire fresco y más puro.

Dos horas habían pasado desde el momento en que me

decidí á acostarme. No tenía sueño y para procurármelo había tomado al acaso, un libro cualquiera. El tomo segundo de las obras de Becquer fué el que alcanzó mi mano. Lo había abierto, había pasado la vista por algunas de sus páginas, y por fin me había detenido sobre la composición magistral del soñador romántico que principia con aquellos dulcísimos versos:

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo...

A pesar de que la sabía entera de memoria, me puse de nuevo á leerla y á repetir en alta voz cada una de sus estrofas. Así es cómo el estribillo soberbio se había quedado, después, resonando en mi oído; y allí estaba todavía empecinado en pasearse, como un centinela, de un lado á otro por los espacios de mi cerebro, en donde la frase, la misma frase horrible y cruel se grababa porfiadamente en caracteres negros ó encendidos; claros ó fantásticos; ya ondulantes ó temblones; ya tersos y severos; góticos, romanos, cursivos, árabes, egipcios...

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!...

No sé cuánto tiempo transcurrió así: sólo sé que durante esas horas mortales, sentí repetirse con monotonía abrumadora, el sonido del péndulo del reloj, alternado con el canto lastimero del gallo y el ladrido lejano de algún perro vigilante. Y en medio de todo, el eco, fúnebre unas veces, melancólico otras, sonoro y vibrante siempre de la campana de la iglesia vecina, que daba las horas... las doce .. la una .. luego las dos... y las tres... llegaba á mis oídos con su regularidad acompasada, sin que el sueño bienhechor acudiese á calmar mis fatigados párpados.

Tampoco recuerdo cómo fué ni cómo empezó; pero conservo, sin embargo, conciencia de cierta sensación de pesadez

que poco á poco fué invadiendo mis sentidos, hasta que en un momento dado, que hoy no puedo precisar

. . . . en ese limbo,
en que cambian de forma los objetos,

pero que me imagino coincidiría con la primera claridad vaga del amanecer, mis ojos comenzaron á cerrarse y un velo turbio empañó las imágenes que, sin borrarse del todo, perdieron á mi vista la precisión de sus líneas y detalles. Entonces me sentí preso de un sopor semejante al que produce un narcótico poderoso; los caracteres que formaban la frase fatídica se trocaron en luces menos vivas, pero al mismo tiempo más extendidas é informes: la palabra *muertos*, sobre todo, me parecía extinguirse por momentos y confundir en lenguas espirantes de fuego sus letras medio apagadas, como las de una luz de artificio ó alegoría luminaria en una noche de huracán!...

Y sentí olor de cirios apagados,
de humedad y de incienso...

¡Cosa curiosa!... á pesar de todos estos síntomas del sueño, había algo en mí que me hacía mantener despierto el conocimiento de las cosas reales que me rodeaban, de modo que el tic-tac cadencioso del péndulo continuaba manifestándome que el oído velaba, y la débil claridad que penetraba por entre las rendijas de las persianas, atenuaba las tinieblas que hasta entonces habían envuelto la atmósfera de mi dormitorio...

¿Cuánto tiempo transcurrió así?... No lo sé. Sólo recuerdo que en medio de las visiones fantásticas y confusas que en esos instantes me acosaron, ví ataúdes y procesiones, esqueletos y colgaduras de crespón; oí músicas de acordes sordos y destemplados; una mezcla informe de sonidos sin ritmo ni cadencia, pero entre los cuales descollaban, sin embargo... ¡contradicción caprichosa! las notas afinadas y secas de las choquezuelas y canillas de la *Danse macabre* de Saint-Saëns y el *Miserere* de Becquer...

Poco á poco el fondo del cuadro comenzó á despejarse, y

aparecieron, claras é iluminadas por una luz sulfúrica y verdosa, las cruces de un cementerio. Las tumbas eran allí numerosas; las lápidas, blancas y brillantes esculpidas con letras negras ó doradas. Al frente, una montaña; á un lado un despeñadero; y sobre el fondo multitud de cipreses enfilados y rectos, de cuyas cabezas, que se elevaban hasta perderse en las nubes, colgaban jirones de enlutados mantos con inscripciones mortuorias y símbolos tristes...

¿Dormía y soñaba ó estaba despierto?... No pude saberlo. La duda, sin embargo, me mortificaba: quería probarme á mí mismo que mi conciencia velaba; hacía esfuerzos por hablar: ¡inútilmente!

¿Qué pasaba por mí?

Tampoco logré definirlo; pero es indudable que el terror se apoderaba de mis sentidos todos.

De súbito me pareció que llegaba á mis oídos, rasgando los aires, el sonido lúgubre de un cuerno, semejante al quejido de un dolor intenso, profundo, arrancado como una sola voz, á un mismo tiempo, á la humanidad entera. ¡Y pensé entonces que acaso, en esas horas silenciosas de la noche, las almas de aquellos seres cuyos cuerpos estaban encerrados bajo la losa fría de los sepulcros enfilados, gemían con un gemido inmenso y desgarrador!..

El eco repitió temblando las últimas vibraciones que se hundieron en el valle, atenuándose poco á poco y borrándose hasta perderse del todo en la majestad del silencio!...

Y entonces volví á pensar:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!...

***

No sé cómo, un momento después, aislado y perdido entre un bosque de cruces y mausoleos, y agobiado bajo el peso de las ideas fúnebres que iban aturdiendo mi mente, me encontré vagando por entre las tumbas tristes y calladas que, á los resplandores de la luz, pálida y suave, se parecían,

repitiéndose á lo lejos sobre la superficie iluminada, á las olas del mar ligeramente plateadas y rizadas por la brisa de una clara noche de luna en los trópicos.

La negra silueta trazada por la sombra de mi cuerpo se proyectaba sobre las tumbas cercanas y velaba sus inscripciones sentidas y amantes...

En aquellos momentos el silencio sepulcral me hacía meditar; ¡y esa meditación era triste y traía á mi memoria el recuerdo doloroso de los seres amados, arrebatados ¡ay! tan pronto á mi ternura, y cuyos cuerpos, rígidos y yertos, debían descansar, inmóviles, con la inmovilidad espantosa de la muerte, en el seno negro y profundo del nicho!...

—¿Y por qué, por qué, Dios mío, me decía horrorizado, por qué á esos muertos queridos que durante las noches crueles de tempestad y nieve en que el viento ruge, y

acaso de frío
se hielan sus huesos...

mientras permanecen recostados en su lecho húmedo y desesperante, por qué en el curso de estas horas serenas, tibias y perfumadas, no les es dado, por una vez siquiera, sólo un instante, salir á la luz y al aire, como en la nocturna fiesta de los cementerios melancólicos del canto inmortal de Víctor Hugo, en que las sombras de las hermosas envueltas en sus albos sudarios dejan sus tumbas para saludar con cantos y danzas del otro mundo á su tierna amiga, la bienhechora luna?...

¡Allí, bajo esos mármoles tersos debía estar aún la que, al volar su alma á los espacios infinitos, se llevó pedazos de la mía!... ¡mi madre idolatrada!...

¡Allí estaría silenciosa y muda, en la misma posición en que la dejaron cuando

la piqueta al hombro
el sepulturero
cantando entre dientes,
se perdió á lo lejos!...

¡Han pasado diez años!... Y durante ellos diez inviernos, con sus noches tempestuosas

en que las maderas
crugir hace el viento;

¡diez años desde que la perdí! ¡diez años durante los cuales he ido yo á visitarla en su melancólica morada para depositar sobre sus restos con mano cariñosa una flor!...

¡Una flor!... ¿Acaso puede ella respirar su perfume ó admirar sus suaves colores y matices delicados?...

¡Diez años!... Miles de miles de minutos transcurridos en el fondo de una caverna lóbrega y espantosa, hasta donde no llegarán, sin duda, los ruidos aturdidores del movimiento con que se agita el mundo aquí arriba, mientras con sus miserias infinitas sigue la vida su curso fatal!... ¡Ni tampoco llegará allí el aroma embalsamado de las plantas, ni el canto de las aves, ni el dulce murmurar de la brisa que mece las ramas de los cipreses enhiestos y acaricia sus copas flexibles y temblonas!... ¡No, nada de eso! ¡Si algún ruido se escucha y turba la paz de la bóveda sombría, será el fragor horrendo de las entrañas volcánicas de la tierra en efervescencia...; si alguna emanación llega á abrigarse en esos espacios insalubres, será la del vapor y humedad de sus huesos en descomposición!... ¡Horrible verdad!...

¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?

Mi cabeza comenzaba á aturdirse; un rumor extraño perturbaba mi oído, y las ideas, más confusas á medida que me engolfaba en mis lúgubres meditaciones, se borraban ó mezclaban de nuevo en desorden, palpitaban y me hacían perderme en un laberinto de absurdos...

Ora me parecía escuchar los ecos de una música lejana, triste y sentimental, que acompañaba cánticos grandiosos de entonación severa, ó sólo tiernas y dulcísimas melodías.

Entre todas éstas una canción delicada y sencilla, *¡Vorrei morir!* que me acostumbré á escuchar desde mi infancia acari-

ció mi oído. ¡Ay, qué feliz me sentía en esos momentos al pensar que los muertos, desde sus tumbas, quizás por mis ruegos la oirían también!... Yo sé sus versos, que principian por

Vorrei morir nella stagion dei fiori,

los he sabido siempre y los he repetido sin cesar.

Pero en aquella ocasión me pareció que el dulce idioma del Dante se desfiguraba y transformaba, de modo que las palabras de la canción iban llegando á mis oídos como si hubieran sido escritas en mi propia lengua, ordenándose cadenciosamente en suaves versos castellanos que yo escuchaba con delicia.

¡Sí, también yo quería morir en la estación de las flores; tenía horror al invierno helado y su soledad cruel!...

Y la canción seguía:

¡Si al fin he de morir, morir quisiera
en la estación del año primorosa
en que el ave su nido, placentera
teje cantando alegre y afanosa!...
¡Morir!... ¡Quiero morir en primavera
cuando el aura acaricia temblorosa
las hojas verdes de la selva umbría
lozanas, frescas como el alma mía!
¡Pero morir cuando rebrama el viento
con ronco son é ímpetu salvaje
arrebatando, rápido y violento,
al árbol de los bosques su follaje,
para dejar marchito, amarillento,
sólo el seco esqueleto del ramaje!...
¡Morir entonces!... ¡oh! vencer no puedo
la horrible idea... ¡no!... ¡me infunde miedo!...

Cesó la canción, y la música comenzó á apagarse; al mismo tiempo cantó el gallo del poema sinfónico, se atenuó la luz hasta perderse confundida entre los albores del amanecer, una claridad vaga se difundió por todo mi espíritu y... el reloj comenzó á dar las nueve de la mañana. ¡Había dormido cinco horas!

ALBERTO DEL SOLAR.

FILIGRANAS [1]

I

CONSEJO

Cristiano y caballero, tu corazón y labio
perdonen al que agravio
cobarde te infirió.
Mas olvidar la ofensa, borrar el torpe insulto
de la memoria, hágalo el sinvergüenza estulto,
el hombre digno, no!

II

EN UNA CALAVERA

De dos enigmas solución sabida
tienes ya ¡oh trozo de materia inerte!
¿Dónde acaba el enigma de la vida?
¿Dónde empieza el enigma de la muerte?

III

CABELLOS BLANCOS

No los arranques, no los ultrajes;
pálidas flores de invierno son;
acaso, acaso les prestan savia
latidos últimos del corazón.
Para las tumbas, joven, respeto;
para las canas veneración,
que toda cana flor es que brota
sobre el sepulcro de una ilusión.

IV

CURIOSIDAD

No por forma de estricta galantería
de hombre cortés
te dije, há pocas tardes:—Señora mía,
beso sus pies.

[1] De un libro inédito que con este mismo título publicará en breve nuestro distinguido colaborador don Ricardo Palma.

Que te los ví, al descuido, cierta mañana
sin la botina,
y de decir á gritos me entró una gana:
«¡cosa divina!»
Desde entonces curioso, pues Dios lo quiso,
descubrir quiero
si tienes algún ángel del paraíso
por zapatero.

V

SAMBENITO

Tú la patria conduces al abismo,
su limpio pabellón manchando estás...
te absolverán los hombres del presente;
mas la justicia histórica... ¡jamás!

VI

DE ENRIQUE HEINE

Gatazos negros miedo me inspiran,
gatitas blancas mi tirria son.
Yo quise á una como á mis ojos,
y tal araño me dió la pérfida
que aún brota sangre mi corazón.

VII

BECQUERIANA

No me agravia el desdén, mujer perjura,
de tu vil corazón que amores miente.
Para ahogar tan inmensa desventura...
en las bodegas venden aguardiente.

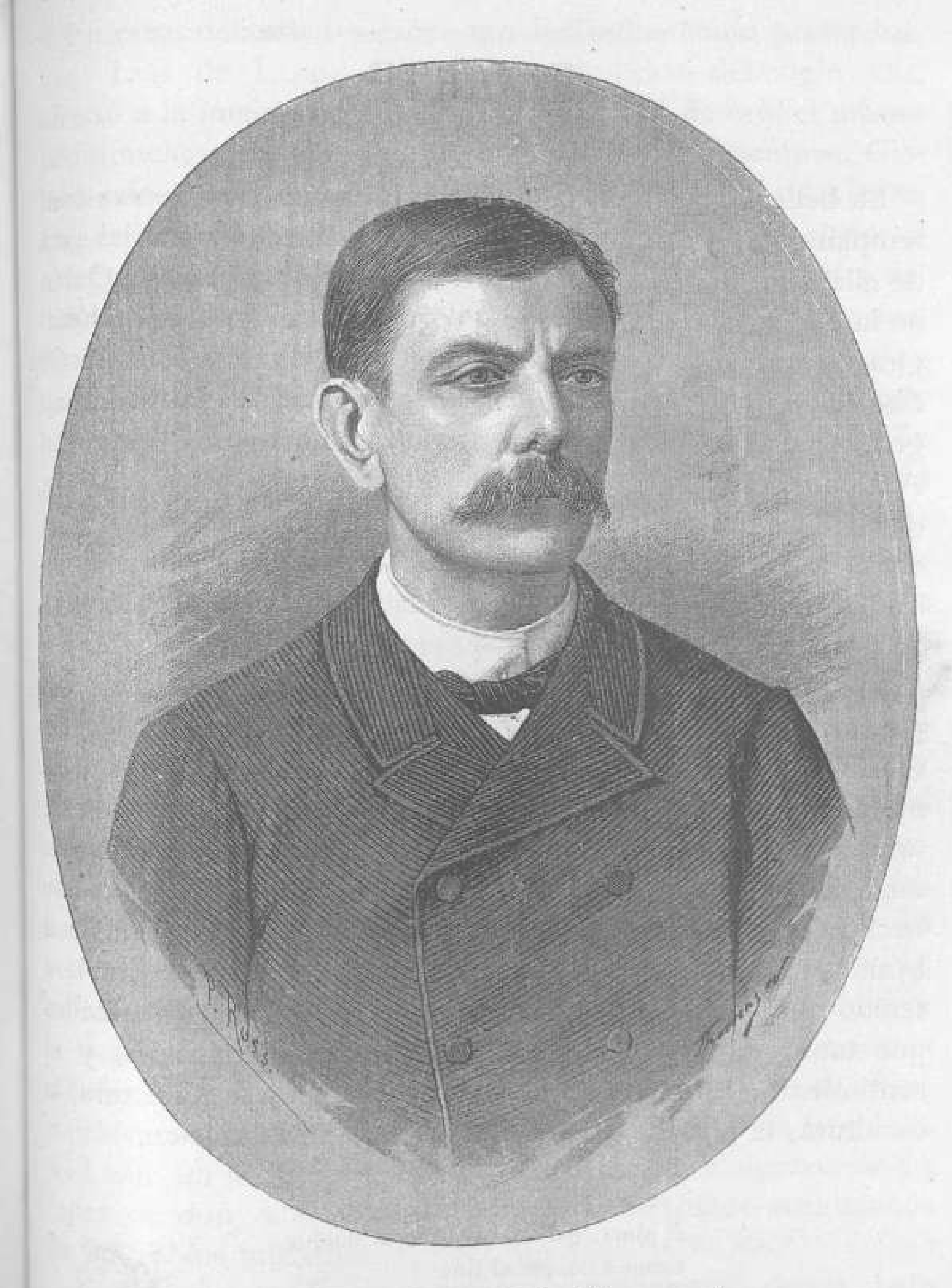
VIII

EPITAFIO

Aquí la Hacienda Nacional reposa:
la alumbran cuatro funerarias velas:
la chuparon la sangre, y fué á la fosa
víctima de infinitas sanguijuelas.

RICARDO PALMA.

Lima, Mayo de 1891.



Dr. D. Daniel Granada

AUTOR DEL NOTABLE «VOCABULARIO RIOPLATENSE RAZONADO»

EL ARTE

La belleza ¿quién no la conoce? El hombre se recrea contemplándola, y, aun cuando ningún provecho material saca de ella, se esfuerza en reproducirla por medio del arte. ¿Quién no la distingue de la fealdad? Preguntaron al filósofo de Estagira en qué se diferenciaban la una de la otra, y él contestó: *Esa es una pregunta de ciego.* No se puede decir más: hay gente que tiene ojos, y no ve, oídos, y no oye. Cuenta don Antonio Ponz (erudito escritor de acendrado gusto artístico, que á fines del siglo pasado enriqueció la historia y la crítica de las artes) el caso de cierto Onosandros que, en una conversación donde aquél se hallaba presente, dijo con aire de vanidad y para hacerse singular:—*¿Creerán ustedes que jamás me han gustado la música ni la pintura?*—y que tuvo por respuesta:—*Pues, amigo, alégrese usted con saber que para los infiernos ya tiene andado más de la mitad del camino.*—¿Dónde no hallará uno Onosandros? ¿Quién no ha tenido ocasión de oir expresarse á alguno de los que haya conocido, de la misma manera que se expresó el del cuento? Yo siempre les he hecho el favor de no dar crédito á sus palabras, echándolas á broma, porque sino, si les hubiese dado crédito, hubiera tenido que presuponer amortiguadas en ellos unas facultades que tanto dignifican al hombre como la imaginación y el sentimiento. Embebécenme las artes todas: la arquitectura, la escultura, la pintura, la poesía y la música; la música,

á cuyo son divino
el alma, que en olvido está sumida,
torna á cobrar el tino
y memoria perdida
de su origen primera esclarecida.
Y, como se conoce,
en suerte y pensamiento se mejora:
el oro desconoce
que el vulgo vil adora,
la belleza caduca engañadora.

En estos delicados versos, tan delicados como profundos, fray Luis de León, sublime poeta lírico del siglo XVI, ofreció á la inmortalidad, purificado en crisol de oro, el mismo pensamiento que un gran filósofo de nuestros tiempos, Gioberti, desenvuelve de la siguiente manera: «La estética es una especie de disciplina preparatoria para iniciar y educar al hombre en el conocimiento de la verdad y en la práctica del bien. La consideración y el estudio de la belleza son una confortación eficacísima en medio de las inevitables contrariedades de la vida, de cuya servidumbre como que se redime espiritualmente el angustiado ánimo, acogiéndose á aquella región, imaginaria sí, pero apacible y serena, donde no tienen cabida las torpezas y miserias y donde un orden inefable gobierna todas las cosas, que son allí justamente lo que deben ser: mansión ideal, en la que, no solamente somos menos desdichados, sino mejores; porque en esa especie de beatitud que nos hace tocar con los labios, se compenetran é identifican enteramente el deleite y la virtud. Así la historia nos enseña que cuando el cebo de la sensualidad, de la avaricia y de la ambición, llegan á sofocar en un pueblo el amor y el culto á las letras y á las artes, ó degeneradas éstas se materializan y corrompen, baja al mismo tiempo el nivel de las acciones laudables y de los pensamientos elevados [1].» El rey don Alfonso X de Castilla, apellidado el Sabio, enumera, entre otras cosas que debían saber los prelados, la *retórica* y la *música, porque los mueven á obras piadosas (ca los mueven á facer obras de piedad)*. No estaría de más que hoy, muchos, muchísimos, aprendiesen de memoria los versos de fray Luis de León, un poco de la filosofía de Gisberti y algunas de las leyes de don Alfonso, y que saliesen discípulos aventajados de tan sabios maestros.

El arte, por medio de creaciones imaginarias, revela, bajo la pura forma de la belleza, inesperadas, recónditas verdades, amigas de la virtud, antípodas al vicio. Acaso no las buscó el artista, que no toca á su ministerio dar á conocer verdades, ni predicar obras piadosas, sino lisa y llanamente expresar la

[1] *Del Buono, del Bello.*

belleza; mas se le ofrecieron á su mente, veladas, modestas, libres. Eso sucede porque la verdad, el bien y la belleza están unidas entre sí por vínculos superiores que no se deshacen nunca, eternos, como la sustancia soberana, que es su manantial. Quien los deshace, no es artista: relaja las artes. A lo que produce, lo llamará y lo llamarán bello; pero tal belleza será una belleza sofisticada. También se falsifican las monedas de oro y de plata, los alimentos y hasta los remedios.

La actividad artística se verifica en dos maneras: ó purificando la belleza que el hombre descubre imperfecta en los objetos y en la variada urdimbre de las acciones humanas, ó bien dando forma perceptible á las concepciones estéticas que engendra espontáneamente la fantasía; lo que equivale á decir que, ó idealiza lo real, ó realiza lo ideal. El universo presta al arte los elementos con que se reviste. Por lo mismo la actividad artística ha menester empaparse en el concepto de la vida que bulle en el universo. El artista mira, observa, contempla la Naturaleza, y ve en todas las cosas el espíritu de Dios. Si no le ve, seguramente equivocó su vocación: dedíquese á hacer cuadros con figuritas de cajas de fósforo. El verdadero artista le ve, y, del propio modo, ve el mundo sensible envuelto y penetrado por el mundo suprasensible. Todo esto que su razón le pone delante de los ojos del alma, eleva su corazón, y de ahí el arrobamiento que se apodera del hombre cuando ejercita desinteresadamente la actividad artística y cuando contempla las obras inmortales que el arte de buena ley presenta en el altar de la belleza. Entonces la imaginación, acompañada del sentimiento, esa *loca de la casa*, como arrepentida de tantos extravíos y vaciedades á que rinde tributo en la vida, levántase á cosas perdurables y santas, coronada de flores del cielo.

El cultivo del arte, si bien despierta y solicita inmediatamente la imaginación y el sentimiento, pone asimismo en acción, por consecuencia necesaria, las demás facultades del alma. Pide una labor prolija, constante, atenta de continuo á la Naturaleza y á la sociedad humana. Mal se compadece con un ánimo débil ó preocupado: razón clara, juicio recto, cora-

zón generoso, entero, son prendas que ha de tener indispensablemente quien aspire á merecer el dictado honrosísimo de artista, sea músico, pintor ó poeta, apóstoles del arte en nuestros tiempos.

El arte es espiritualista por esencia. Muchos lo niegan y contradicen. Unos, entre ellos, dirán que las ideas que preceden son, en sustancia, trasnochada metafísica, y otros, más familiarmente, dirán que es música celestial. Si estoy en un error, á mí no me compadezcan. No sé si podrán decir otro tanto de sí mismos los impugnadores de tan benéficas doctrinas.

DANIEL GRANADA.

Salta, Junio de 1891.

AMOR «PLATÓNICO»

—¿Conque se va usted de América?
—Sí, señor; resuelto estoy;
vine á hacer fortuna y hoy
mi pretensión es quimérica.
—¿Está usted pobre? lo extraño:
creí que nadaba usté
en la abundancia...
—¿Por qué?
¿porque ando en traje... de baño?
—Pues no se arredre ¡y valor!
aunque el país hoy zozobre,
pronto es fácil que recobre
su riqueza y su esplendor.
Si aquí le trajo su estrella
y era América su sueño,
¿por qué con tan necio empeño
quiere usté alejarse de ella?
—Bien claro su nombre explica,—
ya que de ingenuo blasono,—
el por qué de mi abandono:
está pobre y la *amé rica*.

CASIMIRO PRIETO.

Mayo de 1891.



LA MUERTA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN

Es el viento helado y fuerte
la media noche resuena
y, vestida del sudario,
deja el sepulcro la Muerta.

—Hijo del alma, hijo mío,
cara sangre de mis venas,
soplan ráfagas de nieve,
y llamo y velo á tu puerta.

—¿Quién eres tú, que mi sueño
de los párpados ahuyentas?
Fué mi madre hermosa y blanca,
tú eres mustia y eres fea;
tuvo labios de corales,
tu boca es lívida y hueca;
tuvo cabellos dorados,
tú, desnuda calavera.

—¡Oh, mi esposo idolatrado!
rompe el sueño, corre, vuela,
que tu fiel amada toca
los batientes de tu puerta.

—¿Quién eres tú que, á deshoras,
mi corto sueño destierras?
Fué mi esposa un ángel puro,
tú, fantasma horrible y negra:
tuvo azules, grandes ojos,
tú vacías, hondas cuencas;
tuvo olor de rosa virgen,
tú, asqueroso hedor de huesa.

Fieros mastines aullan,
la roja luna clarea,
y, sombría, paso á paso,
vuelve al sepulcro la Muerta.

MANUEL GONZÁLEZ PRADA.

Lima, 1891.

ESTRELLAS DEL RIMAC



EL PARAÍSO

AL ESTIMABLE LITERATO D. MOISÉS NUMA CASTELLANOS

I

Plantó el bueno de Narciso,
en su quinta *La Serpiente,*
un hermoso paraíso
junto á un lago transparente.
Un día de primavera,
de esos, de auroras radiosas,
en que es más azul la esfera
y en que se abren las rosas,
contemplar, la rubia Aminta,
el tierno arbolillo quiso
y se fué, alegre, á la quinta
con su adorado Narciso.
¡Pero cuál no fué el dolor
del galán y la doncella,
al ver mustia y sin verdor
la planta un día tan bella!
Mas pronto se olvida el duelo
en esas horas dichosas,
en que es más azul el cielo
y en que se abren las rosas.
Y, de su sangre al hervor,
sintiéndose enardecidos
y encendida ella en rubor,
vagaron, quizá embebidos
en un coloquio de amores,
por las verdes enramadas,
llenas de nidos y flores
y mariposas doradas...

II

No muy lejos de la quinta
y casi al caer la tarde,
hallé á Narciso y á Aminta
y murmuré:—El cielo os guarde.
—Que el cielo te guarde á tí,
dijo él, todo confundido.
—¿Y el *paraíso?* añadí.
Y me contestó:—*¡Perdido!*

CASIMIRO PRIETO.

NOVUS

I

DESCUBRIMIENTO



SI algún recuerdo tengo aferrado á mi memoria, de tal suerte que no podrá borrarse nunca, es el de *Novus*.

Extraño es su nombre: pero es más extraña todavía su historia. Voy á referirla, en la confianza de que el lector no ha de considerar como tiempo perdido el que dedique á conocer las aventuras de aquel originalísimo personaje. ¡Cuántas veces tuve la pluma en mi mano para escribir los sucesos en que Novus fué protagonista, y cuántas abandoné la empresa temeroso de que, por parecer inverosímiles, resultase perdido mi trabajo!

Diez años hará próximamente, que recorría yo en alegre expedición de caza la parte más accidentada é inaccesible del occidente de Asturias. ¡Qué espléndida naturaleza! La montaña altísima, coronada de nieve; el bosque espeso y sombrío, poblado de osos, jabalíes y ciervos; el torrente profundo; todo es allí grande y majestuoso como el heroísmo de los hombres que pueblan aquella región, cuna de la reconquista de España.

Deliciosas horas aquellas en que gozando de una especie de libertad primitiva, la más sublime de todas las libertades, se aprende á amar la vida. Al pie del peñón abrupto, oyendo el sordo resonar de la arboleda movida por el viento y contemplando á lo lejos el valle, la selva, la montaña, es cuando el hombre sabe que es hijo de la Naturaleza, y sólo entonces llega á identificarse con su grandeza infinita.

Un día, al declinar la tarde, hizo alto la alegre caravana en la choza de unos pastores. La cena, tan frugal como deseada,

que se improvisó con leche, queso, frutas secas y algunas provisiones que llevábamos, fué amenizada con el relato de las consejas, las leyendas y las tradiciones, que tan comunes son entre los sencillos pobladores de aquella tierra.

Estábamos en lo más animado de la conversación, cuando el más anciano de los pastores, que había permanecido silencioso, nos interrumpió para decir:



—Las cosas viejas, viejas son. Pero, que Dios me mate, si he visto nunca nada más misterioso ni más raro que el hombre de la cueva. Parece cosa del diablo.

—¡El hombre de la cueva! le dije; ¿qué hombre es ese?...

—¿Y qué sé yo? me replicó el pastor. Unos dicen que es un animal, pero casi todos creen que es una persona. Yo lo he visto muchas veces, envuelto en una piel, con un pelo larguísimo y una barba que le llega á la cintura; pero nunca dejó que me acercase. Cuando alguno se dirige á él, corre como un gamo, salta los precipicios, atraviesa los ríos nadando, penetra en el bosque, donde nadie se atreve á entrar por miedo al oso, y desaparece por mucho tiempo. Un día le seguimos diez pastores armados con hoces y le vimos meterse en una cueva que hay en la montaña del otro lado del torrente: dicen que es una mina del tiempo de los moros que llega por debajo de tierra hasta Castilla. Entramos y

pronto tuvimos que volvernos; había sitios en que el agua nos llegaba al pecho, y otros en que apenas podía pasar el cuerpo de un hombre.

—¿Y regresaron sin él? le pregunté.

—¿Pues cómo habíamos de regresar? Cuando se le sigue, yo creo que se esconde en los infiernos. Nadie me quita de la cabeza que en este asunto tiene parte el demonio.

—Algo de bueno daría yo por verle, dije.

—Pues ayer mismo, dijo uno de los pastores, estaba en la orilla del río recogiendo castañas. Como sabemos que es imposible acercarse á él, ya nos hemos acostumbrado á no hacerle caso.

II

BUENA PRESA

Confieso que me impresionó tan vivamente aquel curioso relato, que desde luego me asaltó el deseo de apoderarme del misterioso poblador de la selva.

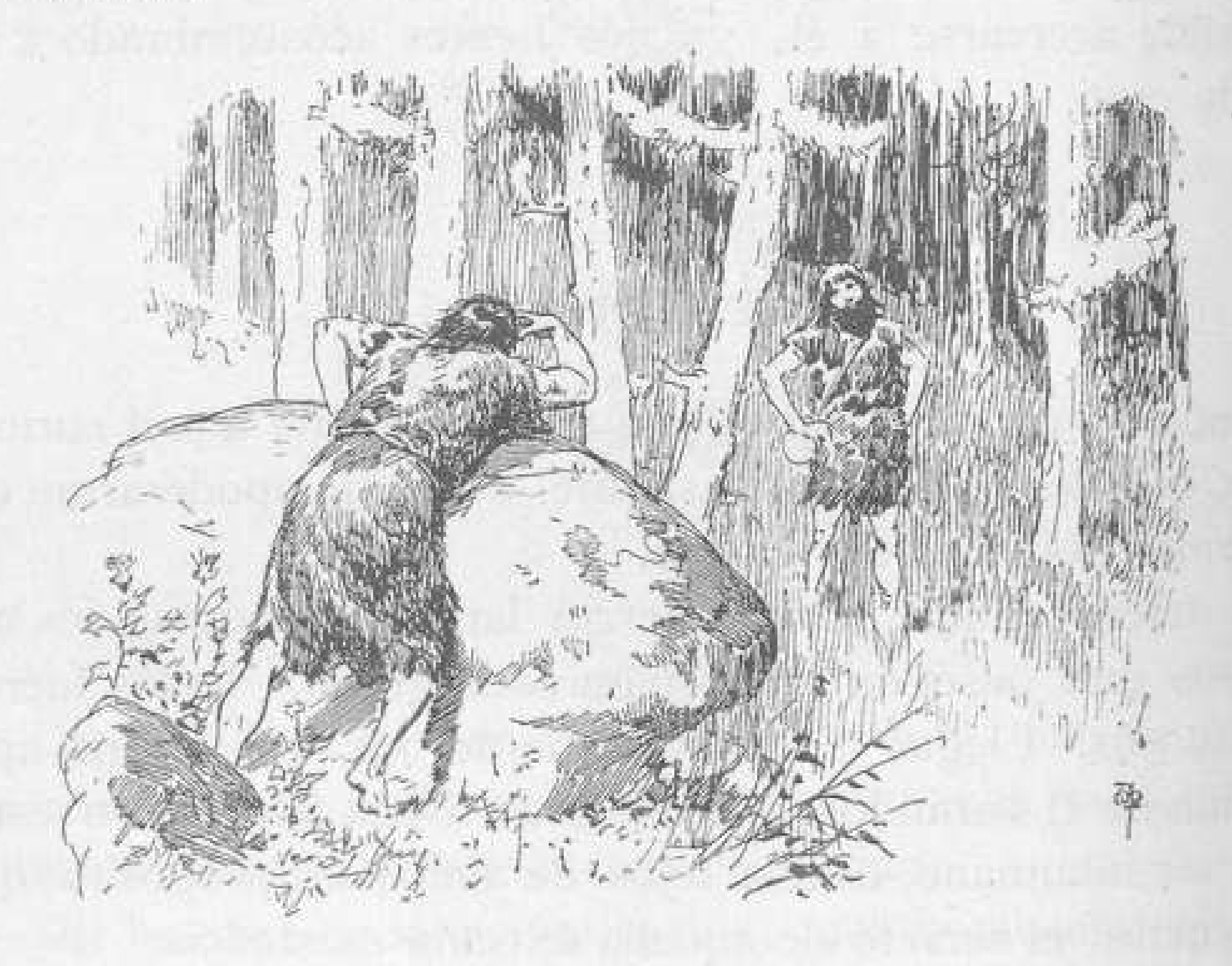
No referiré aquí, porque serían largos de contar, los mil recursos que puse en juego para conseguirlo. Todos fueron infructuosos. Llegué á convencerme de que sólo podría apoderarme de él cazándole á tiros como á una fiera; pero esto, sobre ser inhumano, estaba lejos de llenar mi propósito, que era penetrar el secreto de aquella extraña existencia.

Ocurrióseme un día disfrazarme de suerte que quedase lo más parecido posible al hombre de la montaña. Largo y enmarañado pelo postizo, barba hirsuta y espesa, mal ceñida piel de oso, fácilmente hicieron de mí un verdadero troglodita. El efecto de mi estratagema fué maravilloso. A la tercera excursión que hice con aquella original vestimenta, conseguí hallarme tan cerca del hombre de la cueva, como le llamaba el pastor, que habría podido dirigirle la palabra. Sin embargo, después de mirarle, y aparentando la mayor indiferencia, me alejé despacio y me interné en el bosque, no sin haberme convencido de que tanto mi aspecto como mi proceder habían despertado en él una vivísima curiosidad.

No habían transcurrido dos días, y nos hallábamos frente á frente. En actitud recelosa me vió llegar y me miró con fiereza.

En su rostro varonil, de correctas facciones, curtido por la intemperie, se adivinaban desde luego la juventud y la fuerza.

Le hablé y se quedó mirándome con estupor. Volví á dirigirle la palabra, y obtuve por toda contestación algunos sonidos inarticulados que no comprendí y que seguramente nada significaban.



Entonces le alargué mi mano, y en vez de darme la suya, creyendo que le acometía, retrocedió algunos pasos dispuesto sin duda á luchar conmigo. Temiendo ver frustrado mi plan, le hice señas en el acto, que parecieron tranquilizarle, y nos aproximamos de nuevo. Me senté sobre una piedra, y después de dudar un momento, se sentó él también á alguna distancia de mí. El momento era supremo y decisivo. Saqué de mi zurrón un trozo de queso, que me puse á comer tranquilamente, y al mirar de soslayo á mi hombre, pude comprender que se pintaba en sus ojos el deseo de tomar parte en mi frugal banquete.

Le ofrecí entonces un pedazo del queso que miró con mucha

atención, y que devoró en seguida ávidamente lanzando chillidos de alegría. Comimos pan, fruta y miel, y recuerdo que demostró un apetito á toda prueba. En esto, saqué un frasco conteniendo una bebida dulce, ligeramente alcohólica, fingí apurar un buen trago y le dí para que bebiese. Tomó el frasco y estuvo un rato indeciso; pero por fin pudo más en él la curiosidad, la sed acaso, que la desconfianza, y bebió con verdadera ansiedad hasta que le hice señas para que no siguiese.



Una hora después, el hombre de la cueva, completamente aletargado y sujeto, en previsión, con fuertes ligaduras, era conducido por la gente que yo tenía dispuesta á la casa que debía servirle de morada.

La agradable bebida contenía un fuerte narcótico que en breve lo sumió en un profundo letargo.

. . . .

III

TRANSFORMACIÓN

¿A qué describir el asombro, la fiereza, el verdadero horror con que el hombre de la cueva se vió al siguiente día sin su

pelo, sin su barba, despojado de la piel en que se envolvía, provisto de buena ropa, con cama en que dormir y encerrado en una habitación de la que no podía evadirse?

Parecía un tigre. Todo aquello era para él horrible, infame, desconocido. Sus gritos atronaban la casa. Hubo momentos en que creí que sería imposible dominarle.

Sin embargo, poco á poco se fué habituando á su cruel transformación, y hasta empezó á soportar mi compañía sin enfurecerse. Esto era conseguir mucho porque la fiera empezaba á domesticarse.

Al cabo de algún tiempo, éramos casi dos buenos amigos.

No hay para qué decir que fué menester enseñárselo todo: desde el lenguaje, cosa para él completamente desconocida, hasta el uso de los más sencillos objetos. Habituarle á vestirse, dormir en cama, sentarse á la mesa, manejar tenedor y cuchillo, fué realmente obra de romanos: todo aquello le contrariaba y era para él un verdadero suplicio.

Bien podía decirse de él que era el hombre primitivo, el hombre nuevo: por eso desde el primer momento, le llamé Novus.

Aprendió á hablar con una facilidad extraordinaria: palabras é ideas, como eran nuevas para él, quedaban rápidamente grabadas en su memoria. Pronto pude convencerme de que tenía un talento clarísimo, y desde luego me propuse educarle.

Una vez que supo expresarse por medio de la palabra, traté de averiguar el misterio que envolvía su vida; pero fué inútil; ni él mismo sabía cómo había venido á hacer la vida del hombre primitivo, ni se daba cuenta de su horror hacia la sociedad. Tenía un vago recuerdo de un largo viaje á pie, á través de los montes, siendo muy niño en compañía de un anciano, que devoraron los osos. Esa era toda la historia de sus primeros años.

Tenía Novus, además de una inteligencia privilegiada, un elevado sentimiento del deber. Sin libros de moral ni tratados de teología, sabía distinguir con una precisión admirable lo malo de lo bueno, y discurría siempre con tanta claridad como acierto.

Por de pronto, cuidé de que sólo llegasen á su espíritu ideas generales, los nombres del mayor número posible de objetos, los grandes adelantos científicos y todas aquellas palabras que más fácil podrían hacerle el raciocinio; y cifré el más grande empeño en aislar su mente así de los prejuicios de todo género con que ordinariamente somos lanzados en la lucha de la vida como de las preocupaciones que tan fácilmente nos extravían al juzgar los hechos y las cosas.

IV

NOVUS JUZGA

En esta situación, seguro de que Novus estaba resignado á su suerte y de que no trataría de recobrar su antigua independencia, emprendí con él un largo viaje.

Confieso que tenía yo ansia vivísima de ver la impresión que en aquel cerebro, virgen de toda idea que no fuese lo justo y lo bueno, iban á producir los sucesos que debía presenciar á cada paso.

No tardó en presentarse la ocasión.

Viajábamos por el oriente de Europa. La guerra ardía en aquellas regiones, avivada por el fanatismo musulmán, en perpetua lucha con el fanatismo cristiano. Hicimos alto un día en una pequeña aldea, situada en la falda de una montaña. Desde la alegre ventana de nuestro alojamiento se divisaba un paisaje hermoso, casi fantástico.

Despertónos al día siguiente un nutrido tiroteo. Al abrir la ventana, cuando apenas la luz del alba empezaba á iluminar el horizonte, pudimos distinguir que delante de nosotros, al alcance de nuestra vista iba á librarse una batalla. Cuando la luz se hizo más intensa, ya vimos claramente los cuerpos que caían atravesados por el plomo enemigo. Como á cien varas de distancia, un pequeño grupo de montañeses, vióse rodeado por fuerzas de ejército, perfectamente disciplinadas, y antes de entregarse prefirieron morir acribillados á bayonetazos. Novus, ante aquel cuadro jamás visto ni siquiera so-

ñado por él, contenía el aliento y abría desmesuradamente los ojos.

—¿Qué es esto? me dijo.

—Una batalla.

—¡Una batalla! ¿y qué objeto tiene una batalla?

Quedé perplejo un momento y le dije:

—Imponer la ley del más fuerte, en unos casos; defenderse, si sobreviene un ataque injusto, en otros.

—Pero eso es muy bárbaro. Yo entendía que los hombres se contentaban con ser hombres. Apuntarse con un fusil y matarse, introducirse en el cuerpo un pedazo de metal afilado que acabe con la vida, todo eso sería muy bueno si lo hiciesen las fieras. El fuerte no debe imponer ley alguna al débil: cada uno debe vivir según su ley. El hombre no debe atacar nunca injustamente al hombre.

Y á todo esto la batalla seguía cada vez más encarnizada. Novus dijo entonces:



—Si son los hombres quienes hacen tan horrendas atrocidades, y las hacen conscientemente, entre ser hombre y ser bestia, es más noble y más digno ser bestia.

Al día siguiente, cuando al alejarnos de la aldea se alzaban

á nuestro paso las bandadas de cuervos entregadas al festín que les ofrecían los cadáveres esparcidos en el camino, Novus me decía:

—Esas aves son buenas y son justas. Cumplen una ley de la Naturaleza. Sólo aquí es infame el hombre que por ir en contra de ella, se ofrece á sí mismo de pasto á los cuervos. Ni su corazón ni sus ojos merecen más digna sepultura.

Algún tiempo después, hallándonos en una de las ciudades más populosas de Europa, quise que Novus asistiese á una gran fiesta que daba en su palacio el primer ministro de la nación. Novus quedó deslumbrado. La aristocracia del talento, de la política, de la sangre, de la fortuna, se había dado cita en aquellos suntuosos salones rebosantes de luz, de riqueza y de buen gusto. El banquete estuvo soberbio, el baile animadísimo, las damas, ricamente ataviadas. En el salón de juego, los montones de oro pasaban de una mano á otra con la misma facilidad que si aquellas monedas amarillas no tuviesen valor alguno.

No tardé en notar que Novus se hallaba visiblemente contrariado. Apenas le indiqué si quería que nos retirásemos, me agarró del brazo y me llevó hacia la puerta; y cuando bajábamos la gran escalera de mármol, sin poder contenerse, me dijo con mal reprimido acento de cólera:

—O toda esa gente que ahí queda ha perdido el juicio, ó se ha reunido para representar una gran comedia. Todo eso es estúpido. Cuando recuerdo aquella hermosa libertad de la selva, pienso que estas gentes que se arrastran por los salones son unos viles esclavos de su vanidad, de su ambición, de todas las miserias del espíritu. De cuantos quedan en esta casa, tal vez no haya uno solo que no esté pensando en engañar á los demás.

Demostraba Novus claramente, al expresarse de aquella manera, que no estaba civilizado todavía.

Nuestro alojamiento quedaba cerca y nos dirigimos á él á pie. En el camino, á muy poca distancia del palacio del primer ministro, llamó nuestra atención el llanto de un niño que salía del oscuro rincón de una plazoleta. Al acercarnos

pudimos distinguir, á la débil luz de los faroles, una mujer tendida en el duro suelo, lívida, inmóvil, é inclinada sobre su pecho una criatura como de dos años que lloraba amargamente. Los vestidos de aquella infeliz revelaban la mayor miseria.



Novus lanzó un rugido. Tomó entre las suyas la manos de la mendiga, le tentó la cara y exclamó con júbilo:

—¡No está muerta!

El hambre y el frío la tenían indudablemente aletargada; y mientras Novus se entretenía en incorporarla y envolverla en nuestros abrigos de pieles, yo corrí á la más inmediata estación de policía para que enviasen socorros. Llegaron éstos á tiempo, la pobre mujer volvió á la vida.

Cuando abría los ojos, la soberbia orquesta que inundaba de armonías los salones del primer ministro, empezaba á tocar un vals de Strauss. Novus me miró entonces, y me dijo:

—¿Y esto sucede en el mundo? ¿Tanto despilfarro allí y aquí tanta miseria?

—Esto sucede, le contesté, y sucederá, según afirman los sabios, mientras la humanidad exista.

—Mienten esos sabios, replicó. Me habéis dicho que hay salvajes que se devoran los unos á los otros; pues bien, yo os digo que esos hombres no son tan inhumanos como los que, mientras devoran suculentos manjares y se embriagan con riquísimos vinos y se atavían con perlas y brillantes, permiten que haya quien perezca por falta de un pedazo de pan que llevar á la boca; porque la miseria es hija de la desigualdad,

y la desigualdad es obra de los hombres. Y esto ha de terminar algún día: de lo contrario, la humanidad haría un bien inmenso en extinguirse.

V

NOVUS SIGUE JUZGANDO

Proseguimos nuestros viajes.

Un día, yendo por una calle de una apartada ciudad, vimos venir hacia nosotros multitud de gente entonando cánticos y llevando en alto estandartes, riquísimos pebeteros é imágenes de la más monstruosa apariencia. Delante iban una porción de hombres casi desnudos, dando saltos y haciendo contorsiones, mientras que con afilados sables se abrían profundas heridas en el rostro y en el cuerpo.



—¿Qué es esto? me preguntó Novus.

—Una procesión religiosa. Los creyentes de este país piensan que esa es la mejor manera de ponerse bien con su Dios.

—Pues deben ser muy imbéciles, me dijo con esa rudeza que le era tan propia. Si eso buscan ¿qué otros sables ni otros

cánticos necesitan que el ser buenos? Si Dios es todo, si Dios lo abarca todo y todos vivimos en Él, me parecen inútiles esas horribles ceremonias.

—Sí, le repliqué, pero no todos los hombres tienen clara noción de sus deberes morales, y es preciso enseñárselos impresionando su imaginación y su sentimiento.

—¡Sus deberes morales!... ¿y qué tienen que hacer sus deberes con esas deformes figuras que veo pasar en andas, y con llevar banderas de colores y con herirse cruelmente? Decid más bien que estas buenas gentes tienen trastornada la cabeza.

—Lejos de eso, repliqué; cuerdos están y muy cuerdos.

—Pues si ellos están cuerdos, dijo Novus, creed que soy yo quien, á fuerza de ver cosas tan extrañas y tan incomprensibles, acabaré por volverme loco.

Algunos meses después, en una hermosa mañana de Mayo, cuando ya habíamos emprendido el regreso de nuestra larga expedición, llegamos á una pequeña población donde se percibía inusitado y poco visto movimiento. Las gentes se atropellaban y corrían hacia la plaza principal. Allá fuímos también nosotros.

En el centro de la plaza levantábase un tablado sobre el cual se veía un hombre, sujeto con recias ligaduras, que miraba á la muchedumbre con ojos espantados, mientras un sacerdote le dirigía la palabra:

—¿Qué van á hacer con ese hombre? me dijo Novus.

—Una ejecución capital, le van á quitar la vida.

—¡Le van á quitar la vida! ¿quién? ¿y por qué?

—La justicia, porque ha cometido delito.

En esto, el hombre de las ligaduras fué obligado á tenderse sobre una tabla, funcionó un resorte, cayó una cuchilla y la cabeza rodó en un canasto.

Novus, sin poder contenerse, lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Qué horror! dijo. ¡Qué infame atrocidad!

Y agregó un momento después:

—Vos me habéis enseñado que la justicia tiene por objeto

restablecer el imperio del bien, aplicando leyes sabias que den á cada uno lo suyo; pero yo ignoraba que para ello fuese menester quitar la vida á los hombres. Según eso, para aplicar leyes que deben ser imperfectas, pues son humanas, se empieza violando las sagradas é inmutables de la Naturaleza.

—Así lo han establecido los legisladores, le dije, elegidos por el pueblo mismo.

—¡Monstruoso! ¡absurdo! continuó Novus. Matar á un hombre indefenso es una cobardía infame; y si se hace en nombre de la ley, más infame todavía. Vos me habéis dicho que las penas no tienen por objeto tomar venganza del delincuente mortificándole, sino impedir que vuelva á delinquir y corregirle. ¿Por qué no se ha hecho eso con el infeliz que acaban de matar, recluyéndole, haciéndole trabajar, educándole? Seguramente ha delinquido porque esta misma sociedad que le asesina, sobre no enseñarle nada, no ha sabido impedir que se perviertan sus sentimientos. Y si mañana se descubre que es inocente, si tal vez se ha confesado reo de un delito que no ha cometido por salvar al padre, al hijo, al hermano, y los que le juzgaron padecieron error ¿cuándo esa justicia humana podrá lavarse de tan grande afrenta?

Novus estaba irritadísimo. Le aparté de aquel sitio, seguimos nuestro viaje, y durante mucho tiempo no quiso ni pudo hablar de otra cosa que de aquel hombre á quien la ley había cortado la cabeza.

Vimos, días después, unos gendarmes que llevaban preso á un hombre cuyo delito era haber dado muerte á su mujer, á quien creía adúltera.

—Loco debe estar ese hombre, dijo Novus. Cuando se convenció de que su mujer no era buena, debió haberla abandonado y buscar otra mejor.

—Sí, le repliqué, pero la ley no permite semejante cosa. Quien una vez se casa, queda ligado á su cónyuge para siempre. De ahí que la sociedad haya establecido que la mujer deshonra á su marido cuando le es infiel.

—Pues yo digo, me contestó con viveza, que esa ley que

establece el vínculo por toda la vida, es casi tan bárbara como la que ordena dar la muerte á un hombre. Se necesita que vos me digáis que esa ley existe, para que yo lo crea. ¿Y en qué situación queda el marido burlado, á quien su mujer abandona yéndose á vivir con otro?

—Pues queda deshonrado, sin familia, sin hogar é imposibilitado ante la sociedad y la ley para formar otro nuevo.

Novus meditó un momento, y exclamó:

—Si algún día llegáis á decirme que los hombres que tales atrocidades escriben en sus códigos tienen sentido común, dejaré de ser vuestro amigo.

VI

Novus vió después, lleno de asombro, pasar ante sus ojos un monarca rodeado de fausto deslumbrador, ante quien se prosternaban sus súbditos con tanto fervor como en un templo;



supo de jueces que prevaricaban impunemente; oyó la inspirada palabra de políticos que engañaban vilmente á las muchedumbres...

Y un día, cuando ya habíamos regresado de nuestro viaje, dándome un estrecho abrazo, me dijo:

—¡Adiós, mi excelente amigo! Os debo una gratitud inmensa. Habéis sido bueno y generoso conmigo y no podré olvidaros nunca. Pero si antes amaba la selva, hoy, después de lo que me ha enseñado el mundo, la amo más todavía. A ella me vuelvo, y en ella pasaré la vida mientras no me hagáis saber que esos pueblos que llamáis civilizados, se han redimido al fin de su barbarie.

RAFAEL CALZADA.

Buenos Aires, 1891.

CANTARES

Siento que en ortografía
tan poca entendida seas,
pues yo te amo y tú me *abrasas*
con *s* en lugar de *z*.

Cuando á tu marido juras
que es suyo tu corazón,
¡si vieses, tras de la puerta,
cómo se ríe el Amor!

Yo no sé, junto al arroyo,
con tu novio qué pasó,
que se alejó la corriente
murmurando de los dos.

Que han de enterrarte con *palma*,
juraste, y no será extraño
que te entierren con más de una,
teniendo dos en las manos.

Que en la tierra ya no hay santos,
dices, niña, y no es rareza:
¡qué santos quieres que haya,
existiendo tú en la tierra!

CASIMIRO PRIETO.



EL GENIO ESPAÑOL

Allí donde los gritos
sublimes de la gloria,
reclaman de mi canto
las moribundas notas;
allí mi amor inmenso
se vuela y nido toma,
como en la dulce playa
los besos de las olas.

—

Hoy es de los que gimen
ausentes de la patria,
la voz que de mi musa
exige fiel plegaria;
y apenas si mis labios,
como expresión del alma,
pueden decir: «¡Bendita,
bendita seas, oh España!»

—

¡Oh, Virgen amorosa,
en cuyo casto seno
para mi raza vive
lo eternamente bello!
Permite que invocando
de tu esplendor los hechos,
salude en tí las glorias
más grandes del progreso.

—

Tú fuiste la que un día,
al eco sacrosanto
de «¡libertad ó muerte
para el que viva esclavo!»
de la dormida Europa
en los hercúleos brazos,
pusiste de tus iras
los indomables rayos.

—

Tú fuiste la que en alas
del huracán violento,
que en roncas tempestades
agita el mar del pueblo,
para saciar á Roma,
le mandas por trofeo,
en urnas de Numancia
cenizas de tus huesos.

—

Tú fuiste la leona
que tras batalla ruda,
refúgiase bramando
en un peñón de Asturias;
para saltar de nuevo
sobre la grey moruna
y aniquilar la mancha
que el Guadalete oculta.

—

Tú el genio que más tarde
coloca sus pendones,
de la imperial Granada
en las gallardas torres,
para decir al mundo
que siempre fué de dioses,
la sangre generosa
que por tus venas corre.

—

Tú el ángel que interrumpe
el sueño de la América,
para espaciar del Cristo
la perfumada esencia;
para legar á un mundo
con tu sonora lengua,
los tres mejores cantos
del sol de tu epopeya.

—

Podrás perder ¡oh, España!
tus timbres más legítimos;
podrá borrar tu gloria
el curso de los siglos;
pero respira ¡oh, madre!
con noble orgullo digno:
la América, la América,
te salva del olvido.

—

Y no es tan sólo el hierro
terror en las batallas,
el que tu genio abona
para que vivas alta.
También tu noble espíritu
brilla con luces claras,
y en tí fiel se refleja
el mundo de las almas.

—

Tú en honra de Talía
enlazas con cariño,
á la invención de Lope
la sátira de Tirso:
y con la gloria eterna
de Calderón divino,
la lira en que cantaron
Herrera y León sus himnos.

—

Tú diste al gran Luis Vives
la voz del ser que piensa,
y diste al gran Cervantes
de Juvenal la histérica
sublime carcajada,
que sale aguda flecha
y tórnase en ariete
de un mundo de tinieblas.

—

Vestal que en las ideas
hallas la pira, tú eres
en el rodar del mundo
la sola que no duermes.
Tú el astro que derrama
cual lluvia de oro ardiente,
en la verdad la vida,
y en el error la muerte.

—

Por eso cuando el sátiro
nervioso de la envidia,
arrastra por el suelo
su lengua viperina;
y escupe al león que guarda
las torres de Castilla,
mis manos, ¡ay! embrazan
tizona en vez de lira.

—

Y digo: «No merece
insultos el gran pueblo,
que supo hacer pedazos
de Napoleón el cetro.
Si es noche, como afirman,
la España de estos tiempos,
es noche que se cubre
con manto de luceros.»

—

Aún vive, aún vive España;
aún puede en el crepúsculo
de su grandeza honrarse
con Castelar tribuno:
rey al que sólo iguala
en su esplendor augusto,
el Dante de este siglo
llamado Víctor Hugo.

—

¡Ofelia de mis sueños!
Vén dulce y pensativa,
que ya para tu Hámlet
la muerte se avecina.
Adórname de flores...
mejor si son marchitas,
y sobre mí derrama
el sol de tus caricias.

. . . .

Cuando tras largas horas
mi vida fin encuentre,
y espuma del naufragio
mi cuerpo sólo quede;
cuando piadosas manos
mis tristes ojos cierren,
y el beso de mi esposa
me vuelva de la muerte:

—

Tan sólo pido al cielo
para tender las alas,
que dos banderas sean
sudario de mis ansias.
Roja una y amarilla,
otra, la azul y blanca:
ésta, la de mis hijos,
aquélla, la de España.

J. J. García Velloso.

Á VICTORIANO E. MONTES

(en un ejemplar de mis «poesías»)

Perdona si en homenaje
á tu elevado talento,
en vez de laurel y mirto
las mustias flores te ofrezco,
que en la tumba de mi alma
sus corolas han abierto,
con sed de luz y rocío,
como esos lirios enfermos
que velan, tristes y pálidos,
en el hogar de los muertos.

Gervasio Méndez.